

PRESENTACIÓN

La segunda sesión presencial del Curso de Especialista Universitario en el Magreb Contemporáneo, que organiza el SFOG (Seminario de Fuentes Orales y Gráficas) del IUI (Instituto Universitario de Investigación), ha generado las ponencias que se recogen en estos segundos *Papeles Ocasionales*. Existe la intención de hacer otro tanto con las correspondientes a la última sesión presencial, prevista para el mes de julio de 2003.

¿Qué revela el contenido de las páginas que siguen a esta entradilla?. Esencialmente una cosa: que el Curso de Especialista Universitario en el Magreb Contemporáneo ha generado una dinámica participativa *directa*, complementaria –eso sí –de la “a distancia”.

La importante presencia de alumnos graduados en las sesiones presenciales celebradas, constituye en sí un testimonio del interés que ha suscitado la materia de estudio y el enfoque que se le ha dispensado desde un principio.

Todo es perfectible: de esta premisa se parte siempre en el “cuartel general” del SFOG y, en consecuencia, sus miembros hemos decidido abrir un buzón de sugerencias para los alumnos de este curso y los del futuro.

De otra parte, los profesores del curso y yo mismo deseamos no sólo ser útiles, sino también entablar una relación profesional con aquellos alumnos, doctorandos y usuarios de los recursos que debidamente catalogados se encuentran en la sede del SFOG.

No voy a parafrasear aquí el contenido de las cuatro ponencias que se recopilan en este fascículo. Todas son de entidad y, sin lugar a reserva mental alguna, pasarán a engrosar- lo que es más, a enriquecer -el acervo documental de esta primera promoción de especialistas universitarios en el Magreb Contemporáneo.

**Víctor Morales Lezcano
(SFOG-IUI)**

EL MAGREB CONTEMPORÁNEO. UNA PANORÁMICA SOCIO-HISTÓRICA

Juan Ignacio Castien Maestro
(Dpto. de Psicología Social de la UCM)

Las sociedades magrebíes se han visto expuestas en el último siglo y medio a una serie de transformaciones de hondo calado, inducidas en lo fundamental desde la orilla norte del Mediterráneo. Estas transformaciones de origen parcialmente exógeno se han plasmado en un acelerado proceso de modernización, en el sentido en el que lo entienden habitualmente los sociólogos, es decir, en un proceso de diferenciación y complejización de su estructura social, cuyas distintas vertientes se han extendido por los niveles económico, social, político e ideológico. Sin embargo, esta modernización ha presentado ciertas peculiaridades, que explican muchos de los problemas por los que hoy en día atraviesan estas sociedades. Allí es en donde debemos rastrear las raíces de sus actuales dificultades para construir administraciones estatales eficaces y bien organizadas, para recrear una cultura y una identidad nacional de carácter integrador y para alcanzar un crecimiento económico sostenido, equilibrado y capaz de asegurar un mínimo de autonomía dentro del mercado mundial.

A su vez, para entender la peculiar naturaleza de esta modernización es necesario conocer cuál fue su punto de partida, lo cual nos obliga a trazar un rápido bosquejo de las sociedades magrebíes tal y como eran con anterioridad a la instalación de los sistemas coloniales. En este aspecto, como es bien sabido, la cronología varía de un país a otro. La invasión francesa de Argelia se inició en 1830; en Túnez el sometimiento oficial al poder extranjero no llegó hasta el Protectorado de 1881, con el Tratado de El Bardo, mientras que en Marruecos el Protectorado no fue instaurado como tal hasta 1912, tras el Tratado de Fez, si bien ya se habían ido produciendo antes incursiones y ocupaciones militares, tanto por parte española como francesa. Pero si hacemos abstracción de estas disparidades en los tiempos históricos, nos encontraremos con que las sociedades magrebíes precoloniales ostentaban una serie de rasgos comunes y generales, que las diferenciaban tanto de las sociedades magrebíes actuales, como de las sociedades europeas con las que se enfrentaron y a las que al final terminaron quedando sometidas.

El primero de estos rasgos consistía en el importante papel que desempeñaban en su seno las llamadas "tribus", a las que podríamos definir, de un modo un tanto laxo, como grupos sociales estructurados mediante el parentesco, fuese este real o ficticio. La naturaleza más específica de estas tribus norteafricanas es desde hace tiempo objeto de intensas discusiones por parte de los especialistas. Autores tan dispares como Jacques Berque (1953), Abdelkébir Khatibi (2002) y Abdallah Laroui (1977: 154-190) han criticado duramente la tendencia a hacer un uso abusivo de este término. Pese a estas críticas, y renunciando por anticipado en este nivel de análisis a un pleno rigor conceptual, resulta posible conservar este concepto y establecer que en el Magreb colonial estas tribus constituían uno de los pilares básicos del sistema social. El rasgo más característico de estos grupos tribales consistía en el elevado grado de autonomía del que disfrutaban. Controlaban territorios y manejaban los recursos ubicados en el interior de los mismos, resolvían sin mediación externa sus propios conflictos internos y, ante todo, disponían de su propia fuerza militar. Las tribus

estaban armadas y eran capaces de guerrear entre sí y contra los poderes estatales, al igual que con posterioridad hicieron frente a las tropas coloniales. Todo esto daba lugar a una estructura social acusadamente descentralizada. Esta descentralización contrasta acusadamente con ese rasgo fundamental de las sociedades modernas, en cualquier parte del mundo, consistente en la concentración y centralización del poder armado, del poder militar, en manos del Estado, de acuerdo a la conocida sentencia de Max Weber que hace del Estado la institución detentadora del monopolio del ejercicio de la violencia legítima. Es de todos conocido que en el caso de Europa esta centralización del poder militar constituyó una de las vertientes fundamentales de la construcción del Estado moderno, a partir del Renacimiento, y que la misma sólo se logró realmente al cabo de varios siglos de incesantes luchas.

El segundo gran rasgo característico del Magreb precolonial consistía en la superposición a esta especie de tejido tribal, fundamentalmente rural, en principio, de una administración estatal. Existían distintos aparatos estatales relativamente bien organizados y que bregaban constantemente con estos grupos tribales, tratando de dominarlos, de controlarlos y de ejercer una labor de arbitraje entre ellos. Estos Estados, al igual que cualquier otro Estado preindustrial, eran Estados débiles, con una capacidad para modelar la sociedad muy inferior a la de los Estados modernos (Cf. Scokpol, 1984: 85-94). Este aparato estatal se nutría de los tributos que extraía de la población, en la medida en que era capaz de hacerlo. Con estos tributos alimentaba a su personal, y ante todo al grupo dirigente, conformando lo que en la tipología propuesta por Samir Amin (1986: 9-11), podríamos entender como un “modo de producción tributario”. Se daba, así, un estructura más o menos dual (Cfr. Ben Ali, 1983) conformada por dos niveles: de una parte, las tribus más o menos autónomas, y de la otra, estos Estados, que trataban de dominarlas con variable éxito.

Pero a este sistema dual había que añadir, en ciertas regiones y en ciertos períodos históricos, un tercer nivel: las ciudades. Estas constituían centros comerciales, culturales y artesanales a veces muy extensos y poblados. Las redes comerciales en las que estaban implicadas se extendían hasta Asia central, Africa subsahariana y Europa septentrional, integrando además al Magreb en el conjunto más amplio de la civilización árabí-islámica. Conformaban una serie de islotes de riqueza y cultura, cuyas relaciones con el mundo tribal y rural que les rodeaba eran a menudo muy escasas. Este comercio exterior a larga distancia, al que Samir Amin denomina “comercio lejano” (Amin: 1986: 12), desempeñaba, por ello, un papel fundamental y estratégico en la reproducción de las sociedades magrebíes, permitiendo el florecimiento de un arte, de una cultura letrada y de unas estructuras administrativas muy superior al que hubiese hecho sospechar el débil desarrollo en sí de las fuerzas productivas locales. En particular, este comercio alimentaba en gran parte no sólo al personal estatal, sino también a las oligarquías urbanas, a menudo muy ricas y muy cultas. Siguiendo en ello de nuevo a Samir Amin, se podría considerar que estas sociedades tenían por ello un carácter mixto “tributario-mercantil” (Amin: 1976: 115-123; 1986: 27-39). Aquí residía el fundamento de su poder, pero también de su debilidad. Precisamente, la decadencia de este comercio a larga distancia, originado sobre todo por la competencia europea iniciada con la Era de los Descubrimientos, contribuyó de manera fatal a la decadencia del mundo magrebí y del mundo árabe en general, ocasionando también el debilitamiento de los sistemas estatales, todo lo cual se tradujo en una mayor autonomía para los grupos tribales. Este proceso de regresión social no deja de guardar notables semejanzas, por cierto, con la tesis expuesta hace ya más de sesenta años por Henri Pirenne (1981), en una brillante y discutida obra, según la cual el nacimiento del feudalismo en Europa occidental no es explicable sin la ruptura de las redes comerciales mediterráneas como consecuencia de las invasiones musulmanas a partir del siglo VII. Es sin duda una tesis polémica y discutida, pero que ha

dado lugar a valiosos debates entre los historiadores. Y frente a cualquier tentación de insistir de manera unilateral en la especificidad del Magreb, o en la de cualquier otra región geográfica, esta semejanza nos enseña que las vicisitudes históricas por las que ha atravesado el Magreb no son tan diferentes de las que han experimentado otras regiones del mundo.

A la vez que mediante los tributos que entregaban alimentaban a los aparatos estatales, estas ciudades eran, como acabamos de señalar, la sede de una serie de grupos sociales notablemente diferentes de la población rural. Junto a la gran masa de pobres urbanos, que malvivían de trabajos eventuales y de actividades delictivas, a imagen de la plebe urbana de otras muchas sociedades preindustriales, existía un importante sector de artesanos, notablemente hábiles y bien organizados, si bien parece que nunca alcanzaron el nivel de autonomía frente a los poderes públicos de los que disfrutaron las corporaciones europeas anteriores al auge del capitalismo (Anderson, 1984: 520-521)). Pero ante todo, estas ciudades eran el asiento, como se ha señalado más arriba, de unas poderosas oligarquías urbanas, ricas y cultas. Estas oligarquías estaban conformadas por los grandes comerciantes, los alfaquíes y los líderes de las cofradías sufíes, que tejían alianzas entre sí, a menudo de parentesco, lo cual hacían también incluso con los sirvientes de los soberanos. Se establecía así una compleja dialéctica, de rivalidad y colaboración al mismo tiempo, entre estas oligarquías y las dinastías reinantes (Hourani, 1991: 171-190 y 205-219), las cuales frecuentemente poseían un origen tribal y rural, dialéctica ésta sobre la que volveremos más adelante.

Ante esta proliferación de grupos sociales investidos de un cierto poder social, la capacidad que detentaban los Estados magrebíes para controlar el territorio y la población cuya soberanía reclamaban variaba mucho según los casos. En ciertas zonas las tribus eran prácticamente independientes, mientras que otras estaban sujetas a un firme control, como ocurría sobre todo con la áreas urbanas, en donde a veces las presiones de las masas populares, atizadas por los oligarcas urbanos, o las conspiraciones internas, tramadas también por aquéllos, podían llegar a constituir igualmente un peligro a tener en cuenta. La capacidad de estos Estados para controlar a su población variaba también mucho en el tiempo. Se daban momentos en que el poder central lograba ejercer su autoridad sobre numerosas regiones y otros en los que la situación se le escapaba literalmente de las manos. Este estado de cosas fue común a las distintas regiones del Magreb. Así, en Marruecos, el *Majzen*, el Estado tradicional, tenía que bregar constantemente contra tribus más o menos insumisas. Pero éste era también el caso de lo que hoy en día es Túnez, Argelia y Libia, en donde las autoridades locales, sometidas, de manera más o menos real o formal, al Imperio Otomano, también tenían que hacer frente en sus respectivos territorios a tribus un tanto levantiscas.

Esta dualidad entre tribus y Estados se plasmó en el caso de Marruecos en la célebre dicotomía entre el *Bled Es Siba* y *Bled El Majzen*, es decir, entre el "país de la disidencia" y el "país sometido al *Majzen*". Aunque esta clasificación resulta útil, con frecuencia ha sido llevada demasiado lejos. Se ha hecho de ella un hecho absoluto, cuando en cambio, como acabamos de señalar, el grado de control ejercido por los poderes centrales era muy variable en el tiempo y en el espacio. Por esta razón, más que de una dicotomía entre dos regiones claramente diferenciadas, parece más adecuado pensar en la existencia de distintos niveles de sometimiento a la autoridad estatal, que formaban entre todos un auténtico *continuum*. Es de sobra conocido que esta división así absolutizada ha servido para fines ideológicos y políticos de lo más variopinto. De una parte, ciertos ideólogos del colonialismo se sirvieron de ella para denunciar la supuesta "anarquía tribal" en la que vivirían atrapadas las sociedades del Magreb. De ahí precisamente que una de las misiones del colonialismo consistiese, desde su punto de vista, en acabar con esta anarquía e imponer la ley y el orden sobre el

conjunto de estos países, llevando a cabo la tarea que los poderes locales nativos habían sido incapaces de realizar (Pastor Garrigues, 1998). En el extremo contrario, se encuentran algunos representantes de la izquierda magrebí, como por ejemplo, Abraham Serfaty (1992: 215-221), una de sus figuras más emblemáticas y que padeció largos años de prisión y de torturas en Marruecos. Desde estas posiciones de izquierda se ha tendido a idealizar el mundo tribal precolonial, contraponiendo su carácter igualitario y su capacidad de autoorganización a unos Estados precoloniales, a los que de forma sumaria se ha despachado como despóticos y predadores.

En nuestra opinión, estas dos visiones de la relación entre el nivel tribal y el estatal se asientan sobre un mismo error, que consiste en imaginar estos dos niveles como dos compartimentos estancos, como dos mundos completamente separados, diferentes, y, en consecuencia, quizá incompatibles. Sin embargo, la realidad siempre fue bastante más compleja. Lo fue ante todo porque estos dos niveles conformaban juntos un mismo sistema y porque las tribus podían convertirse en el fundamento del poder estatal. Las distintas dinastías que se sucedieron en la historia del Magreb- los Alauíes, los Saadies, los Almohades, los Almorávides, los Zayanides, los Hafsíes, los Fatimíes etc- salieron casi siempre de este mundo tribal. Eran clanes que consiguieron agrupar en torno suyo a coaliciones tribales muy amplias para apoderarse de los Estados ya existentes y, en gran medida, erigir otros nuevos. Semejante empresa resultaba posible porque, en contra de las visiones románticas sobre las sociedades tribales, difundidas a veces desde distintos planteamientos ideológicos tanto de izquierda como de derecha, aunque estas sociedades ostentaban un indudable igualitarismo, también podían alumbrar caudillos carismáticos, que acumulaban un gran poder en sus manos, al rodearse de una amplia masa de seguidores con los que mantenían relaciones de tipo clientelista. Este sistema podía desarrollarse hasta el punto de organizar en torno a este caudillo una amplia coalición de clanes y tribus. A partir de un determinado nivel de desarrollo, esta coalición podía tratar de hacerse con el control de un aparato estatal, derrocando a la dinastía reinante, y erigiendo su propio Estado. De este modo, los grupos tribales más dinámicos y poderosos tendían a convertirse en la élite dominante de un nuevo Estado. El tribalismo desembocaba en la estatalidad. No había, pues, ninguna contradicción insalvable entre ambos niveles, sino una dialéctica muy compleja entre ambos, que estribaba en una relación simultánea de oposición y de complementariedad. Por todo ello, las luchas de los caudillos tribales contra los soberanos respondían tanto a un afán por preservar su autonomía, frente a intromisiones externas, como al deseo de ampliar su propio poder, lo cual desembocaba con frecuencia en la gestación de embriones de Estados, que sobrevivían a la espera de reemplazar al poder imperante en aquel momento. Sabedores de esta amenaza, los poderes centrales intentaban contener a estos caudillos locales e integrarlos dentro de su propio sistema de gobierno. Un ejemplo bien conocido por los españoles fue el de El Raisuni, señor de Yebala, líder local nombrado *Qaid* por el Sultán y que, pese a la notable autonomía de la que disfrutaba, mantenía empero una lealtad formal a su soberano (Cf. Khallouk Tamsamani, 1996). A este respecto, se puede establecer también un cierto paralelismo con la Europa medieval, azotada por las incesantes pugnas entre reyes y grandes señores, quienes, cuando veían la ocasión propicia intentaban suplantarse a sus monarcas y convertir sus dominios en reinos. Es lo que ocurrió en la historia de España con la conversión del condado de Castilla en reino, o con el intento fallido en la Baja Edad Media de crear un reino borgoñón enfrentado al de los Capetos.

De este modo, al igual que la Europa medieval, las sociedades magrebíes precoloniales constituían auténticas *poliarquías*, fracturadas entre una multitud de pequeños núcleos de poder enfrentados entre sí. Sin embargo, en el caso del Magreb, y en otras regiones del mundo musulmán, los procesos de construcción de nuevos poderes estatales ostentaban ciertos caracteres particulares.

El principal de ellos estribaba en el papel que desempeñaba el liderazgo de tipo religioso en la conformación de estas coaliciones tribales. Este fue el caso de la mayor parte de las distintas dinastías magrebíes, como los Fatimíes, los Almorávides, los Almohades, los Saadíes y los actuales Alauíes. Estas dinastías nacieron asociadas con un liderazgo de carácter religioso. Este liderazgo podía basarse en ocasiones en un movimiento de reforma, asociado a la defensa de un determinado punto de vista doctrinal, como ocurrió con los Almorávides y los Almohades. En otros casos, los líderes de estas coaliciones tribales reivindicaban su condición de *sherif*, es decir de descendientes del Profeta, y de poseedores, en consecuencia, de la *baraka*, de la bendición divina que les reportaba dones milagrosos, como la capacidad de curar las enfermedades y de favorecer las buenas cosechas. Las dos últimas dinastías marroquíes, los Saadíes y los Alauíes son un buen ejemplo de esta segunda variante. Este liderazgo religioso se podía heredar y confluír, por tanto, con los propios vínculos de parentesco. Su principal ventaja consistía en que permitía trascender el particularismo local y agrupar bajo un mismo estandarte a coaliciones muy amplias de tribus. Este proceso fue estudiado, si bien con un lenguaje diferente al que estamos utilizando aquí, por Ibn Jaldun en su celebre *Al Muqadima*, la *Introducción a la historia universal* (1998), que a pesar de tratarse de una obra escrita en el tránsito entre los siglos XIV y XV, demuestra una perspicacia y unas dotes analíticas muy superiores a las de muchos sociólogos contemporáneos. Nuevamente tampoco debemos olvidar que este papel aglutinante del liderazgo religioso ha sido ejercido en muchos lugares y épocas, desde el antiguo Israel hasta los primeros movimientos de resistencia anticolonial en muchos lugares de África y Asia (Chesnaux: 1966).

Pese a este liderazgo religioso, y pese a la cohesión de los vínculos clientelistas que les habían aupado hasta el trono, los nuevos monarcas de origen tribal tropezaban a menudo con grandes problemas cuando trataban de consolidar su poder. Las coaliciones tribales que les habían encumbrado conservaban su autonomía económica y militar, y hubieron de seguir manteniéndola hasta que no surgieron los sistemas económicos complejos y centralizados y su corolario lógico: los ejércitos modernos, más disciplinados y mucho mejor armados y entrenados que lo que podía estarlo nunca ningún grupo tribal. Si sus esfuerzos desplegados en lograr el cambio dinástico no se veían adecuadamente recompensados, los antiguos seguidores tribales podían sublevarse de nuevo y en sociedades tan marcadas por la pobreza era difícil recompensar a todo el mundo. De este modo, los antiguos seguidores se convertían a menudo en un problema. Al mismo tiempo, su indisciplina volvía muy difícil su integración dentro del personal estatal. Todo ello abría la puerta a la formación de futuras coaliciones tribales rebeldes, tan pronto como surgía un caudillo capaz de organizarlas. Este proceso también fue ya expuesto por Ibn Jaldún, con su celebre teoría cíclica sobre el auge y caída de las dinastías.

La acusada descentralización que existía en las sociedades magrebíes favorecía la subsistencia de acusados particularismos culturales en su seno. Este hecho tampoco es privativo del mundo magrebí. Las sociedades europeas preindustriales y premodernas eran también en ciertos aspectos muy heterogéneas, con numerosas variaciones locales en cuanto a sus dialectos, costumbres, formas de identidad etc. Estas diferencias en buena medida desaparecieron con el proceso de construcción de las sociedades nacionales, con sus mercados unificados, sus Estados centralizados y la recreación de una cultura y una identidad nacionales y de una presunta historia común para lo que eran previamente más bien simples conglomerados étnicos (Anderson, 1993; Gellner, 1989; Hobsbawm, 2004). Aun así, como nos demuestra el auge de los movimientos regionalistas y nacionalistas en gran parte de la Europa contemporánea, estas particularidades siguen ahí en parte y son susceptibles de ser recreadas al servicio de pujantes movimientos políticos. La situación en el

Magreb tradicional no era muy distinta. Por una parte, existía un factor homogeneizador de base, que consistía, obviamente, en la fe musulmana, profesada por la inmensa mayoría de la población, salvo ciertas minorías judías, bastante numerosas sobre todo en Marruecos, y en posesión de un estatuto jurídico particular. Estas minorías judías se han visto drásticamente reducidas con la emigración masiva que se produjo a partir de la creación del Estado sionista. Pero aún así siguen teniendo cierto peso demográfico. Salvo esta minoría, el resto de la población era musulmana y era además, salvo pequeñas minorías *jariyíes* en Argelia y Túnez, homogéneamente sunní. De este modo, el Magreb precolonial poseía una homogeneidad religiosa muy superior a la de Oriente Próximo, el *Mashreq*, en donde ha subsistido hasta la fecha una acusada heterogeneidad entre los musulmanes, con la división entre sunníes y shiíes y la presencia de grupos minoritarios, como los drusos y los alauíes, a todo lo cual se suma una importante presencia cristiana. En el caso del Magreb, en cambio, el cristianismo fue desapareciendo a lo largo de la Edad Media, a pesar de que esta región constituyó durante los primeros siglos de nuestra era uno de los focos fundamentales de la primera cristiandad, con figuras tan destacadas como San Agustín, Tertuliano y Cipriano.

El Magreb precolonial se caracterizaba, así, por una acentuada homogeneidad religiosa, que se superpuso y en cierta manera compensó su particularismo tribal. A esta identidad religiosa compartida se añadía la posesión de una cultura común, la árabo-islámica. El Magreb fue arabizado al mismo tiempo que islamizado. Los conquistadores musulmanes eran también conquistadores árabes y casi siempre la población trata, si puede, de asimilarse en lo posible a quien detenta el poder. En el caso del Islam esta asimilación se veía además favorecida por la profunda intersección existente entre lo árabe y lo islámico, desde el momento en que el Corán, la última revelación profética, ha sido transmitido en lengua árabe, razón por la cual el dominio de esta lengua se convierte en condición necesaria para el conocimiento en profundidad de los últimos mandatos de Dios. A estos dos factores se unía en el caso del Magreb la ausencia de una cultura rica y compleja entre la población autóctona, que pudiera ser contrapuesta a la de los conquistadores. Esta situación contrastaba con la de otras regiones conquistadas y que fueron islamizadas, pero no arabizadas en la misma medida, como fue el caso de Irán. A todos estos factores se sumó además el refuerzo a lo largo de los siglos de diversas migraciones procedentes de Oriente Próximo, como la célebre invasión de los *Banu Hilal* en el siglo XI. La influencia desde Al Andalus y las oleadas de moriscos desplazados por el avance cristiano en la Península tuvieron un efecto semejante. Esta arabización e islamización simultánea arraigó ante todo en las ciudades, integrando a sus élites dentro del mismo espacio cultural que las del Oriente. En cambio, la situación de conjunto era más heterogénea. Todavía hoy sectores bastantes numerosos de la población magrebí conservan sus lenguas bereberes, junto con notables elementos culturales de este mismo origen.

Esta heterogeneidad no supone, sin embargo, que el Magreb haya estado nunca dividido entre dos pueblos claramente diferenciados, como los "árabes" y los "bereberes". La situación ha sido siempre más compleja debido a varias razones. En primer lugar, el componente cultural bereber es en realidad un componente un tanto plural, No existe una sola lengua bereber, sino una serie de idiomas distintos, que sólo son parcialmente inteligibles entre sí. Lo mismo ocurre con las diferentes costumbres. Por ejemplo, en muchas poblaciones bereberes, la discriminación contra la mujer es superior a la autorizada por el derecho islámico, el *Fiqh*. De este modo, el derecho consuetudinario en la Kabilia argelina Argelia priva a la mujer del tercio de la herencia de su esposo que le concede el derecho islámico (Pérez Beltrán, 1998: 93). En cambio en otras poblaciones bereberes, como ciertos grupos tuareg, la costumbre estipula que parte de la herencia se transmita por vía materna y que las mujeres disfruten de una notable relevancia social (Claudot-Hawad, 1993: 67-95). En segundo lugar,

si bien la cultura de las élites fue tradicionalmente una cultura árabe, la cultura popular, tanto en el ámbito rural, como en el urbano, poseía un carácter mestizo. De este modo, el árabe popular marroquí contiene muchas expresiones, palabras y giros gramaticales de origen bereber. Al tiempo, las lenguas bereberes actuales se encuentran profundamente arabizadas. En tercer y último lugar, la población magrebí a la hora de autoidentificarse recurría fundamentalmente a su clan y su tribu, a una localidad, a un oficio o a un área geográfica más amplia. La distinción entre "árabes" y "bereberes" poseía una relevancia social marcadamente menor.

La imagen resultante de la asunción de todos estos hechos consiste no en un dualismo étnico, sino en un abigarrado fraccionalismo etno-regional, que compone una especie de *continuum* entre las poblaciones más árabes o arabizadas y las más bereberes (Camps, 1980: 9-11). En términos generales, se puede señalar que las ciudades, las élites culturales, y los aparatos estatales en su conjunto eran centros difusores de la arabidad, y que la cultura bereber se conservó sobre todo en zonas rurales y montañosas. Pero las generalizaciones de este tipo siempre deben formularse con prudencia. La escisión de la población entre "árabes" y "bereberes" encontró curiosamente sus mayores propagandistas entre ciertos teóricos del colonialismo, quienes sostenían la existencia de una fractura étnica en el mundo magrebí, que era susceptible de ser explotada por las metrópolis en su propio provecho. Se teorizó, así, que los bereberes eran muy diferentes de los árabes; que sólo estaban superficialmente islamizados, y que podían ser ganados por las nuevas autoridades e incluso ser convertidos al cristianismo. Estos puntos de vista se plasmaron en algunas decisiones políticas muy célebres, como la promulgación del *Dahir Berbère* en 1930, por parte de las autoridades del Protectorado francés sobre Marruecos, mediante el cual se pretendía establecer una separación jurídica entre los supuestos "árabes" y "bereberes", y que al final produjo el efecto contrario, al convertirse en el desencadenante de una oleada de protestas que marcaron el nacimiento del moderno nacionalismo marroquí (Cfr. Hart, 1997).

Todo este fresco, sin duda muy esquemático, sobre el Magreb precolonial nos va a permitir ahora entender mejor la naturaleza de las transformaciones introducidas por el colonialismo. Los gobiernos coloniales propiciaron un intenso desarrollo de las fuerzas productivas en todos los países del Magreb. Así lo atestiguan la modernización agrícola, la puesta en explotación de nuevos recursos mineros, la construcción de infraestructuras de transportes y comunicaciones, la relativa industrialización, la urbanización en gran escala, el acelerado crecimiento demográfico y la elevación de la esperanza de vida. Todos estos avances han proseguido luego, con mayor o menor fortuna, en los regímenes postcoloniales, que ya cuentan con más de cuarenta años de existencia. No obstante, estas transformaciones se han inscrito en todo momento dentro de un proceso de inserción subordinada, periférica, en el sistema económico internacional. Han tenido lugar ante todo en beneficio de las economías de los países más desarrollados y solamente de manera subsidiaria en provecho de sus propias poblaciones. En virtud de este hecho, las economías del Magreb se han convertido en suministradores de materias primas, como ocurre con el gas, el petróleo y los fosfatos, y de productos agrícolas, mientras que su industrialización ha tenido un alcance restringido. Como consecuencia de todo ello, subsisten importantes bolsas de pobreza en el interior de todos estos países y su margen de maniobra en el mercado internacional es escaso, ante la profunda dependencia que se padece con respecto a las coyunturas económicas y políticas de los países más desarrollados.

Las diferentes estrategias económicas adoptadas por los gobiernos magrebíes, al igual que en el resto del llamado Tercer Mundo, han tenido por objetivo no solamente mejorar los indicadores económicos básicos, sino también en ocasiones adquirir un mayor margen de maniobra en la escena

mundial. Este objetivo ha sido perseguido mediante dos estrategias en gran parte contrapuestas. La primera de ellas, ejemplificada por Túnez y sobre todo por Marruecos, ha partido de la aceptación de las reglas del capitalismo mundial, procurando mejorar en lo posible la posición en el marco de este sistema, incrementando la competitividad económica, desarrollando nuevos sectores productivos y mejorando las balanzas comerciales y de pagos. Con este fin, en otro tiempo se emprendieron estrategias como la llamada industrialización por sustitución de importaciones, consistente en iniciar un proceso de industrialización mediante la promoción y protección de las industrias encaminadas a la producción de bienes de consumo masivo y relativamente fáciles de producir, como las industrias textil y alimentaria. Esta estrategia aspiraba a generar un desarrollo capitalista autónomo, autocentrado en la terminología de Samir Amin (1988: 35-36) y, por lo tanto, a crear una burguesía nacional, una clase empresarial local. Al Estado le correspondía un papel clave como promotor de este desarrollo, al preparar el terreno para el posterior despliegue del sector privado mediante inversiones directas, subvenciones, y políticas arancelarias. Los recursos necesarios para financiar estas nuevas industrias debían ser suministrados por las exportaciones del sector primario, el cual había de funcionar como el motor de todo este proceso.

Esta estrategia, al igual que en otros lugares del mundo, tuvo resultados más bien discretos. Resultó eficaz en ciertos lugares, como por ejemplo Turquía en la época anterior a la Segunda Guerra Mundial (Yachir, 1989: 85-102) y ciertos países de Latinoamérica, entre los años treinta y cincuenta. Pero a más largo plazo tropezó en casi todas partes con grandes dificultades. En primer lugar, los bienes de equipo utilizados por las nuevas industrias de bienes de consumo debían importarse, con ello lo que se ahorra al no comprar estos bienes se perdía al adquirir luego la maquinaria necesaria para producirlos. De igual manera, la distribución marcadamente desigual del ingreso entre la población disminuía la capacidad del mercado interno para absorber esta oferta industrial local, por lo que las posibilidades de expansión de estas industrias se veían drásticamente limitadas. Por último, la evolución de las exportaciones primarias no fue en general favorable, con lo cual los fondos necesarios para la industrialización se vieron seriamente mermados. Todo ello fue convirtiendo progresivamente esta estrategia en poco rentable y originando crecientes desajustes en las balanzas de pagos y en los presupuestos estatales, hasta desembocar en una situación dramática a principios de los años ochenta.

Ante el colapso de esta estrategia, se ha potenciado, bajo el patrocinio de las grandes instituciones financieras internacionales, una línea de actuación muy diferente, basada en la especialización en productos primarios y en una industrialización derivada de la inversión extranjera, en donde los empresarios nacionales frecuentemente se ven reducidos a socios menores de los grandes capitales foráneos. Esta industrialización se centra en productos intensivos en mano de obra, que se benefician de los bajos costes salariales locales, y que se dirigen en gran medida al mercado exterior, aprovechándose justamente de esta peculiar competitividad. En apoyo de estos nuevos objetivos se ha puesto en marcha una política de privatizaciones, de atracción de la inversión extranjera y de control y limitación de los gastos estatales, en especial de los gastos sociales. Los resultados de dos décadas de aplicación de estas políticas neoliberales no han sido tampoco especialmente brillantes, en términos generales, ni en el Magreb ni en otros muchos lugares del mundo y, de hecho, hoy en día se enfrentan a un creciente cuestionamiento. No han deparado un crecimiento elevado y sostenido y, al mismo tiempo, han incrementado las desigualdades sociales, ya de por sí enormes. Estas desigualdades siguen frenando la expansión del mercado interior y, por lo tanto, el propio crecimiento económico. Asimismo, el debilitamiento de la inversión pública ha tenido efectos muy negativos sobre la educación y las obras de infraestructuras, ambas tan necesarias

para el desarrollo económico a más largo plazo. Pero ante todo, estas políticas han supuesto una intensificación de la dependencia con respecto al exterior y, hasta cierto punto, un retroceso hasta el estadio previo a los intentos parcialmente frustrados de industrialización autónoma.

Una estrategia alternativa, también finalmente fallida, pese a sus logros iniciales, fue la adoptada por Argelia. Se trataba de una estrategia dirigida a la promoción de un desarrollo autocentrado y autónomo. La base del mismo debía consistir en la edificación de una industria pesada, cuya misión habría de ser la de servir de punta de lanza para un posterior desarrollo de la industria ligera, destinada a satisfacer las necesidades de consumo de la población. Entretanto el desarrollo de esta industria ligera y de la agricultura debía quedar postergado. El Estado, que gracias a una política de nacionalizaciones se había hecho con el control de los sectores claves de la economía, debía dirigir este proceso mediante un sistema de órdenes administrativas que debían sustituir en parte a los mecanismos de mercado. Este modelo de desarrollo se inspiraba de manera evidente en el instaurado en la Unión Soviética en los años treinta, e imitado con posterioridad en otros muchos lugares del mundo. Era sin duda una estrategia muy arriesgada. Los costes de la edificación de esta industria pesada resultaban muy superiores a los de la industria ligera, en la que se asentaba el desarrollo por sustitución de importaciones, a la vez que los efectos positivos sobre el nivel de vida de la población debían ser más diferidos en el tiempo, lo cual acarreaba evidentes riesgos de desestabilización social a más largo plazo. A todo ello se añadían las rigideces propias de una economía de planificación autoritaria, que pronto dieron origen, al igual que en otras latitudes, a una sucesión de corruptelas que atravesaban la vida cotidiana de la ciudadanía (Turquíé, 1982). En el caso concreto de Argelia, con todo, sus reservas en hidrocarburos parecieron capaces durante cerca de dos décadas de financiar con creces un notable desarrollo industrial, así como una serie de gastos sociales. La crisis se desató a partir de la caída de los precios de estas exportaciones. Se volvió entonces imposible seguir financiado las prestaciones sociales y el desarrollo de una industria que además todavía no era rentable, con lo que el sistema se sumió en una crisis devastadora (Benchenane, 1982; Rosier, 1982). Ello trajo como consecuencia una reorientación hacia políticas liberales, promovidas también desde el exterior, que tampoco han tenido resultados muy brillantes hasta la fecha.

El impacto del colonialismo no sólo propició lógicamente una profunda reestructuración en el terreno económico, sino también una transformación radical en todos los ámbitos de la vida del Magreb. Así, la sociedad magrebí tradicional, cuyo retrato hemos bosquejado más arriba, ha experimentado durante la edad contemporánea una serie de cambios muy profundos en todos los órdenes. El más importante consiste en la crisis de las viejas formas de organización tribal y en el auge de las relaciones sociales y económicas capitalistas. Este proceso se ha desarrollado en varias etapas. Durante el período colonial se realizaron masivas expropiaciones de tierras en beneficio de los colonos europeos. Tras la independencia gran parte de estas tierras pasaron a manos de las elites locales, lo cual acentuó la concentración de la propiedad agraria y la proletarianización del campesinado (Serfaty, 1992: 74-88). Este hecho, unido al explosivo crecimiento demográfico, favoreció el éxodo a gran escala a los centros urbanos y al extranjero, lo cual trajo como resultado el nacimiento de una amplia capa de asalariados. Nos encontramos, pues, ante un proceso no muy diferente del que vivió la Europa de la primera revolución industrial. Pero en este caso, como en el de otros lugares del Tercer Mundo, la situación resulta más grave debido a que las limitaciones del propio desarrollo industrial local a las que acabamos de referirnos dificultan la plena absorción de esta población emigrada. Este bloqueo económico ha potenciado de nuevo la emigración al extranjero, a la vez que ha condenado a capas muy amplias de la población a subsistir precariamente, convirtiéndose en una

especie de subproletariado.

No obstante, también ha tenido lugar el desarrollo, aunque en menor escala, de sectores sociales mejor instalados, como obreros cualificados, cuadros administrativos, profesionales y pequeños empresarios, parte de los cuales disfruta de un nivel de vida muy confortable. Pero, dados los problemas económicos estructurales que padecen estos países, estos sectores también encuentran notables dificultades para preservar su actual status social. Los empleos se pueden perder y el poder adquisitivo puede verse mermado con rapidez y, por encima de todo, los hijos encuentran dificultades para reproducir este status, dado el elevado nivel de desempleo existente. Todo ello convierte a la emigración al extranjero en una solución a la que también recurren ahora estos sectores sociales.

En cuanto a los estratos superiores de la sociedad, su suerte es muy diferente. Disfrutan de unos niveles de renta muy elevados, dada la fuerte desigualdad en la distribución de los ingresos. Es lo que ocurre con las élites que controlan los grandes grupos económicos y el aparato de Estado. Estos grupos no se guían solamente por una lógica de la acumulación de capital, por una racionalidad capitalista en el sentido estricto del término. No sólo aspiran a incrementar sus beneficios económicos, mejorando la competitividad de las empresas que dirigen, sino que también, y a menudo de manera prioritaria, están interesados en preservar sus "contactos" y en acumular prestigio mediante gastos ostentosos (Cf. Hammoudi, 2001: 51-72). Evidentemente nada de esto es tampoco privativo del Magreb. En los propios países capitalistas avanzados, las élites económicas se muestran muy interesadas igualmente en preservar sus buenas relaciones con los dirigentes políticos, con el fin de acceder a unos beneficios, y a un poder, superior al que les depararía el juego de los mecanismos del mercado en estado puro. Sin embargo, en el caso de estos países, estas redes mafiosas encuentran un relativo contrapeso en un Estado de Derecho razonablemente eficaz. Esto es precisamente lo que falta en el Magreb y en otras muchas regiones del mundo.

Los pequeños grupos que acaparan el poder político y económico en el Magreb se sirven de los antiguos vínculos de parentesco en un nuevo contexto. Estos vínculos, utilizados de un modo flexible, sirven ahora como el fundamento de redes de intereses corporativos. Esta reactualización de los vínculos de parentesco no es, sin embargo, exclusiva de los grupos privilegiados. Entre el conjunto de la población las antiguas solidaridades basadas en ellos también son muy importantes. Al igual que ocurre aunque en menor escala en el propio Occidente, operan como una especie de red informal de asistencia frente a las dificultades económicas.

En lo que respecta a la naturaleza de los nuevos Estados magrebíes, la modernización inducida por el colonialismo trajo como consecuencia el fortalecimiento de las administraciones estatales, otorgándoles una capacidad de controlar y modelar la población colocada bajo su soberanía como nunca antes la habían tenido, poniendo fin, así, en gran medida a la autonomía de la que gozaban los antiguos grupos tribales (Hammoudi, 2001). Estos Estados se distinguen en todos los países del Magreb por un autoritarismo más o menos intenso y explícito. Argelia y Túnez fueron durante mucho tiempo regímenes de partido único y Marruecos, aunque no lo fue nunca formalmente, se ha caracterizado desde la independencia por la debilidad de su sistema de partidos y por la concentración del poder real en manos del soberano y sus allegados. Podemos decir, por ello, que todos estos Estados no solamente son autoritarios, sino que asimismo, a imagen de los viejos Estados precoloniales, se encuentran bajo el control de una minoría de la población, al tiempo que la mayor parte de la sociedad los percibe como algo ajeno y hostil, como un poder externo e

incontrolado. Evidentemente, estos Estados pueden ser luego más o menos represivos o más o menos tolerantes. Pero en cualquier caso siempre permanecen en manos de una minoría, que es quien establece las reglas del juego y excluye no sólo a los sectores populares, sino también incluso a ciertos sectores burgueses, carentes de los suficientes "contactos". En buena medida, esta situación se perpetúa gracias a la debilidad de la sociedad civil, que carece de la fuerza necesaria para presionar convenientemente al Estado. Son varias las razones que explican esta relativa debilidad organizativa de la población. Una primera estriba de manera obvia en la propia represión estatal, más o menos directa y más o menos contundente, a la que recurren los grupos dominantes. Una segunda consiste en el propio carácter desestructurado de la sociedad, en donde parte de la misma no aspira a otra cosa que a la supervivencia diaria y padece además un nivel cultural muy bajo.

El carácter elitista y excluyente de estos Estados dificulta, desde luego, cualquier posible estrategia de desarrollo. El estado de cosas actual resulta satisfactorio para los grupos privilegiados que no tienen, por ello, mayor interés en modificarlo, desde el momento en que cualquier reforma podría amenazar además a más largo plazo su poder, al fortalecer a otros sectores sociales que podrían llegar a disputarles su actual hegemonía. De forma paralela, las redes de tipo clientelista que controlan estos Estados detraen en beneficio propio recursos que podrían ser utilizados para desarrollar la economía y hacen primar los "contactos", el parentesco o las afinidades políticas por encima de la competencia profesional, privando al país del benéfico concurso de muchos de sus cuadros más capacitados, que faltos de apoyo institucional se ven abocados a la marginalidad o a la emigración. Nada de ello es de nuevo exclusivo de esta región del mundo, pero también es cierto que aquí se produce con llamativa intensidad.

Este mismo carácter elitista del Estado, y su falta de legitimidad, de arraigo, entre la población, nos ayuda a explicar las formas en que se ha tratado de construir una identidad y una cultura nacionales. Esta identidad y esta cultura nacionales constituyen una de las condiciones necesarias para que funcione un Estado moderno, hecho éste en el que han insistido sobremanera autores como Ernest Gellner (1989). En el caso magrebí se ha tendido de manera generalizada a marginar el componente popular bereber. Se ha primado una arabidad, basada en el uso del árabe clásico, y más propia del Próximo Oriente que del Magreb, marginando tanto a los componentes culturales bereberes, como a las propias formas dialectales del árabe local. Todo ello no ha hecho sino incrementar aún más el sentimiento de desapego, de alteridad de parte de la población con respecto al Estado. De nuevo nos encontramos con marcadas coincidencias con lo que ha ocurrido en muchos otros lugares del globo, como por ejemplo, en los países andinos, donde tradicionalmente la población de habla y cultura indígena, fundamentalmente quechua y aymara, quedaba marginada con respecto al Estado y la cultura nacional de carácter exclusivamente hispano. Entre las razones que han conducido a la oficialización de esta identidad árabe abstracta y excluyente, especialmente evidente durante décadas en Argelia, figura la influencia del nacionalismo árabe procedente del Mashreq sobre el nacionalismo magrebí. Esta arabidad quedó hipostasiada como un ideal, al tiempo que era menospreciado el componente cultural y lingüístico bereber de una gran parte de la población. A estas influencias ideológicas se añadía la desconfianza hacia este componente cultural propiciada por el recuerdo de la explotación interesada del mismo por parte del colonialismo. Pero quizá también influyese de manera decisiva el hecho de que, como hemos señalado más arriba, la alta cultura magrebí tradicional y urbana era genuinamente árabe. El árabe culto era la única lengua capaz en aquel momento de proporcionar una alternativa a la cultura occidental asumida por parte de los estratos superiores de estas antiguas colonias. Inventar una cultura nacional y popular al mismo tiempo no es nada sencillo. Ciertamente esta situación ha ido cambiando. En las últimas décadas el

elemento bereber, cultural y lingüístico, ha ido adquiriendo una progresiva presencia en los medios de comunicación, en el ámbito académico y en la vida política, recabando una respetabilidad social progresivamente mayor.

Problemas semejantes se han producido en relación con el acomodo del Islam dentro de la cultura política nacional. Aunque desde luego esta cuestión reviste una enorme complejidad, merece la pena ofrecer antes de terminar algunas pinceladas en torno a la misma. Los modernos Estados magrebíes han tratado reiteradamente de utilizar el Islam como instrumento de legitimación. Así nos lo demuestra la condición de Príncipe de los Creyentes que ostenta el Monarca de Marruecos, y que constituye una de sus fuentes de legitimidad. Pero igualmente lo ha sido en Argelia, en donde se pretendió construir en un momento dado una especie de socialismo islámico. Esta especie de manipulación política del Islam resulta lógica en vista del arraigo del mismo entre la población y del carácter global de esta religión, de la que muchos tratan de deducir incluso un programa político. Ahora bien, aunque esta politización del Islam perseguía la legitimación popular del sistema, parece que sólo lo ha conseguido en parte, desde el momento en que para la gran masa de excluidos sociales y para el conjunto mucho más amplio aún de los excluidos políticos, la utilización de una simbología islámica no cambia el carácter de los regímenes existentes. De este modo, frente a este Islam oficial, se ha ido desarrollando por parte de sectores importantes de la población un Islam político alternativo, que ha ido cobrando un incesante auge en los últimos lustros. Esta última ideología evidentemente se presta a una fácil demonización como "teocrática", "intolerante", "integrista" y "antimodernizante". Pero más allá de estas críticas, y reconociendo la heterogeneidad de estos movimientos, habría que preguntarse, siguiendo en ello a Francois Burgat (1996), si por otra parte, en la medida en que manejan unos referentes culturales asequibles para una gran parte de la población y en la medida también en que permiten trascender muchos de los particularismos étnicos y regionales hoy en día existentes, estos movimientos no pueden estar facilitando también la participación política y social de una amplia masa social, contribuyendo así a conformar más a largo plazo una auténtica sociedad civil y una auténtica comunidad política, y por lo tanto, a allanar el camino al nacimiento de lo que entendemos como una sociedad moderna, si bien de un modo un tanto zigzageante.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

AMIN, Samir (1976): *La nation arabe. Nationalisme et luttes de classes*; Editions de Minuit; París.

(1986): *El desarrollo desigual*; Planeta-Agostini; Barcelona.

(1988): *La desconexión. Hacia un sistema mundial policéntrico*; IEPALA; Madrid.

ANDERSON, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*; Fondo de Cultura Económica; México D.F.

ANDERSON, Perry (1984): *El estado absolutista*; Siglo XXI; México D.F.

BEN ALI, Driss (1983): *Le Maroc pre-capitaliste*; Société Marocaine des Editeurs Réunis. Rabat.

BENCHENANE, Mustapha (1982): "L'indépendance, 20 ans après...crise et mutation"; *Autrement*; N° 38; Número especial titulado: *L'Algérie 20 ans*; París

BERQUE, Jacques (1953): "Que'est-ce que'une 'tribu' nord-africaine?"; en A.A.V.V.: *Eventail d l'histoire vivante. Mélanges hommage à Lucien Febvre*; A. Colin; París.

BURGAT, François (1996): *El islamismo cara a cara*; Ediciones Bellaterra; Barcelona.

CAMPS, Gabriel (1980): *Les berbères. Mémoire et identité*; Editions Errance; París.

CHESNAUX, Jean (1966): "Hérésies coloniales et millénarismes de libération nationale"; en MURY, Gilbert (coord.): *La naisance des dieux*; Les Editions de l'Union Rationaliste; París.

CLAUDOT-HAWAD, Hélène (1993): *Les Touaregs. Portrait en fragments*; Edisud; Aix-en-Provence.

GELLNER, Ernest (1989): *Naciones y nacionalismo*; Alianza Editorial; Madrid.

HAMMOUDI, Abdellah (2001): *Maîtres et disciples. Gènese et fondements des pouvoirs autoritaires dans les sociétés arabes. Essau d'anthropologie politique*; Maisonneuve et Larose-Editons Toubkal; Casablanca.

HART, David M. (1997): "The Berber Dahir of 1930 in Colonial Morocco: Then and now (1930-1996)"; en *The Journal of North African Studies*; Vol 2; Nº 2; Londres.

HOBSBAWM, Eric (2004): *Naciones y nacionalismo desde 1780*; Editorial Crítica; Barcelona.

HOURLANI, Albert (1991): *Historia de los pueblos árabes*; Ariel; Barcelona.

IBN JALDUN (1998): *Al Muqadima (Introducción al estudio de la historia universal)*; Fondo de Cultura Económica; México.

KHALLOUK TEMSAMANI, Abdelaziz (1996): *Pays Jbala: Makhzen, Espagne et Ahmed Raissouni*; Slaiki Frères; Mohammedia.

KHATIBI, Abdelkébir (2002): "De la hiérarchie pré-coloniale"; en *Chemins de traverse. Essais de sociologie*; Université Mohammed V- Soussi- Institut Universitaire de la Recherche Scientifique; Rabat.

LAROUÏ, Abdallah (1977): *Les Origenes Sociales et Culturelles du Nationalisme Marocain 1830-1912*; Maspero; París.

PASTOR GARRIGUES, Francisco M. (1998) "La ruptura del 'status quo' y los problemas interiores de Marruecos vistos por la publicística española de principios de siglo"; en *Hesperis-Tamuda*; Vol. XXXVI: Volumen especial consagrado a las "Segundas Jornadas Hispano-Marroquíes. Relaciones hispano-marroquíes entre 1898 y 1956 (Una reflexión historiográfica)", coordinado por MORALES LEZCANO, Víctor y Boutaleb, Ibrahim; Université Mohammed V- Faculté des Lettres et des Sciences Humaines; Rabat

PÉREZ BELTRÁN, Carmelo (1998): "Algunos apuntes en torno al status socio-jurídico de la mujer

bereber en Kabilia"; en MOGA ROMERO, Vicente y RAHA, Rachid Ahmed: *Mujer Tamazight y fronteras culturales*; Servicio de Publicaciones de la Consejería de Cultura, Educación, Juventud y Deporte de la Ciudad Autónoma de Melilla.

PIRENNE, Henri (1981): *Mahoma y Carlomagno*; Alianza Editorial; Madrid.

ROSIER, Bernard (1982): "Quel développement pour quelle société?"; *Autrement*; Nº 38; Número especial titulado: *L'Algérie 20 ans*; París

SCOKPOL, Theda (1984): *Los Estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*; Fondo de Cultura Económica; México.

SERFATY, Abraham (1992): *Dans les prisons du roi*; Messiar; París.

TURQUIÉ, Sélim (1982): "Truc, troc, piston et système D"; *Autrement*; Nº 38; Número especial titulado: *L'Algérie 20 ans*; París

YACHIR, Fayçal (1989): "Del estatismo al capitalismo. La crisis del desarrollo en Turquía y en el mundo árabe"; en AMIN, Samir y YACHIR, Fayçal: *El Mediterráneo y el mundo. La aventura de la transnacionalización*; IEPALA; Madrid.

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA SOBRE EL MAGREB. LAS RELACIONES DE ESPAÑA CON EL NORTE DE ÁFRICA: UNA APROXIMACIÓN A LOS CATÁLOGOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA Y DE LA BIBLIOTECA ISLÁMICA DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Teresa Pereira Rodríguez
(SFOG-UNED)

Introducción

Las páginas siguientes constituyen un extracto de la intervención preparada sobre este tema en abril de 2003 para la segunda sesión presencial con los alumnos del curso de Postgrado *El Magreb Contemporáneo. Las relaciones de España con el norte de África*, dirigido por el Profesor Morales Lezcano en la UNED. En ellas se ofrece una selección de monografías y actas de congresos o coloquios, publicadas entre 1998 y 2002. A ello se añade una breve relación de revistas atinentes asimismo al Magreb. De los 69 trabajos referidos, 43 se presentan en castellano, 14 en francés y 12 en lengua inglesa.

Esta recopilación no implica apreciaciones sobre su interés o pertinencia desde un punto de vista docente. La recomendación, o no, total o parcial de algunos de los títulos referidos, para cubrir o completar aspectos del programa del curso es de estricta competencia de los Dres. Morales Lezcano y Castien Maestro.

La relación de trabajos citados a continuación posee simplemente un carácter informativo, reflejo de las posibilidades documentales que ofrecen sobre el Magreb los repositorios enunciados, a saber, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca Islámica de la AEI. El criterio de búsqueda más aconsejable para introducirse en los catálogos informatizados de estos centros es, sin duda, el recurso al *descriptor* geográfico, alusivo a la denominación de un país o región, especialmente cuando esta voz está contenida en el título de obra. Dada la importancia de estos repositorios, se echa en falta una mayor actualización de sus fondos en este campo. Escasean, en ambos casos, las obras de publicación posterior a 1997. No obstante, así como en la Biblioteca Nacional pesa más el fondo histórico relativo al norte de África y al mundo árabe, la Biblioteca Islámica de la AEI ha nutrido substancialmente la selección que presentamos. En lo relativo a las obras de publicación reciente, la bibliografía francófona podría estar bastante mejor representada en ambos casos, cuenta tenida del peso histórico de Francia en el Magreb y de la ingente producción científica que ello ha generado. La bibliografía italiana también se echa en falta, mientras se impone cada vez más una política de adquisición bibliotecaria que privilegia los trabajos editados en lengua inglesa. Esto, que puede ser comprensible en las bibliotecas llamadas *populares*, al ser el inglés la lengua de mayor difusión a escala internacional, no es siempre pertinente cuando nos referimos al estudio de ciertas áreas del planeta, -caso del Magreb- donde las fuentes y los estudios básicos se expresan preferentemente en árabe, francés y castellano, lenguas de las que el especialista, el estudioso o el estudiante orientado a este campo suele conocer o, sabe que debe conocer, al menos dos de tres. Ello no impide que éstas y otras bibliotecas sigan abiertas a los meritorios trabajos que también, pero no sólo, en lengua inglesa se escriben y traducen sobre el Magreb y otras áreas de conocimiento.

En ambas bibliotecas, Marruecos es, por motivos obvios, el país del Magreb sobre el que encontramos un mayor número de monografías; a lo que hay que añadir el fructífero resultado de un servicio adicional que ofrece la Biblioteca Islámica de la AEI. A saber, el vaciado de actas de congresos y artículos de revistas.

En esta relación de obras, no obstante su reducido número, el lector encontrará un panorama diverso, que abarca cuestiones antropológicas, ideológicas, sociales, culturales, políticas, económicas y jurídicas en perspectiva histórica y actual sobre el Magreb y las relaciones hispano-magrebíes.

Finalmente, por lo que respecta a las normas de catalogación de las referencias, se ha tomado como base, con algunas excepciones (por ejemplo, el uso de letra cursiva para titular las monografías o para la denominación de las revistas) el sistema utilizado en la Biblioteca Islámica de la AEI, por pertenecer a ésta la mayor parte de las referencias aquí citadas.

REFERENCIAS

1. MAGREB

1. Agudé, Jordi; Cressier, Patrice; Vicente Hernández, María Ángeles (eds.), *Peuplement et arabisation au Maghreb occidental: dialectologie et histoire*. - Madrid: Casa de Velázquez; Zaragoza: Universidad de Zaragoza, Área de Estudios Árabes e Islámicos 1998. - 175 p. /BNE.

2. Bennison, Amira K., *Jihad and its interpretations in pro-colonial Morocco: state-society relations during the French conquest of Algeria* - London: Routledge, Curzon, 2002. - XI p., [3] h. de mapas, 205 p./ AECE/BI.
3. *Beyond colonialism and nationalism in the Maghrib: history, culture, and politics* / edited by Ali Abdullatif Ahmida. - New York: Palgrave, 2000. - XII, 255 p./ AECE/BI.
4. Delmote, Gilles, *Ponts et frontières entre Espagne et Maghreb*. - Paris: L'Harmattan, cop. 2001. - 241, [14] p. /AEC/BI.
5. Encuentro Euromagrebí de Mujeres Parlamentarias y Mujeres Representativas de la Sociedad Civil (1º. 2001. Algeciras), *Por la cooperación euromagrebi... 3, 4 y 5 de mayo de 2001*. -Madrid: Delegación Española, Grupo Parlamentario del Partido de los Socialistas Europeos, 2001.- 472 p. /BNE.
6. Instituto Español de Estudios Estratégicos, *La economía de los países del norte de África: potencialidades y debilidades en el momento actual*.- Madrid: Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 1999.- 199 p. /BNE.
7. Instituto Español de Estudios Estratégicos, *Magreb: percepción española de la estabilidad en el Mediterráneo, prospectiva hacia el 2010*.- Madrid - Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2000.- 277 p. / BNE.
8. Jornadas Andaluzas sobre Organización y Dirección de Instituciones Educativas (4ª. 1999. Granada), *Una mirada a los países del Magreb desde Andalucía/* Manuel Lorenzo Delgado (et. al.).- Granada: Grupo Editorial Universitario y Asociación para el Desarrollo de la Comunidad Educativa en España, 1999 .- v. 1 -3. /BNE.
9. Lacombe, Joan, *Emergencia del islamismo en el Magreb: las raíces sociopolíticas de los movimientos islamistas*. - Madrid: Los Libros de la Catarata, imp. 2000. - 212 p. /AECE/BI.
10. Lafuente, Gilles, *La politique berbère de la France et le nationalisme marocain*. - Paris: L'Harmattan, cop. 1999. - 401 p. /AECE/BI.
11. Larguèche, Dalenda, *Histoire des femmes au Maghreb: culture matérielle et vie quotidienne*.- Tunis: Centre de publication universitaire, 2000.- 395 p. / BNE.
12. Martín Castellanos, Antonio Javier, *Las políticas agrarias en los países del Magreb (1956-1990)* [Recurso electrónico].- Cádiz: Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, D.L. 1999.- 1 disquete; 1 folleto (XII p.) / BNE.
13. Montabes Pereira, Juan, *Las otras elecciones: los procesos y sistemas electorales en el Magreb*; prólogo de Miguel Ángel Moratinos.- Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional, 1999.- 294 p./ BNE.
14. Segura, Antoni, *Más allá del islam: política y conflictos actuales en el mundo musulmán*.-

Madrid: Alianza Editorial, 2001. - 405 p.: mapas / BNE.

15. *La sociedad bereber del Rif marroquí: sobre la teoría de la segmentariedad en el Magreb* / David Montgomery Hart; Rachid Raha Ahmed (eds.). - Granada: Editorial Universidad de Granada, 1999. - 252 p., [1] h.: il. . En la port.: Diputación Provincial de Granada, Centro de Investigaciones Etnológicas «Ángel Ganivet». /AECI/BI.

16. Tamimi, Azzam, *Rachid Ghannouchi: a democrat within Islamism*. - New York: Oxford University Press, 2001. - VIII p., [2] h., 268 p. /AECI/BI.

17. White, Gregory, *A comparative political economy of Tunisia and Morocco: on the outside of Europe looking in*. - Albany: State University of New York Press, 2001. - XII, 252 p. /AECI/BI.

18. Windler, Christian, *La diplomatie comme expérience de l'autre : consuls français au Maghreb (1700-1840)*. - Genève: Droz, 2002.- 633 p.: il. /BNE.

2. MARRUECOS

19. Adila, Mustapha, "El análisis hemerográfico de los recortes de prensa de la Hemeroteca de Tetuán, la colección de Ricardo Ruiz Orsatti". En: *Actas del Coloquio Tetuán en la documentación española del Protectorado*/ [Ibn Azzuz Hakim, Mohammed ... (et al.)].- 1ª ed. - [S.l.]: Grao de Investigación y Estudios sobre el Norte de Marruecos y España, 1998. -p. 74-92. /AECI/BI.

20. Aixelà Cabré, Yolanda, *Mujeres en Marruecos: un análisis desde el parentesco y el género*. - Barcelona: Bellaterra, D.L. 2000. - 317 p. /AECI/BI.

21. Albet i Mas, Abel, "La huella de España en Marruecos, políticas de ocupación, protección y explotación". En: *España en Marruecos (1912-1956): discursos geográficos e intervención territorial* / Joan Nogué; José Luis Villanova (eds.); prólogo de Bernabé López García. - 1ª ed. -Lleida: Editorial Milenio, 1999.- p. [403]-434. /AEC/BI.

22. Alcaraz Cánovas, Ignacio, *Entre España y Marruecos: testimonio de una época: 1923-1975*.- Madrid: Catriel, 1999.- 318 p.; lám.: il. /BNE.

23. Al-Marini, Abd al-Haqq, *L'armée marocaine a travers l'histoire*; traduit par le collectif, Ahmed Benjelloun ... [et al.]. - Rabat: Dar Nachr E1 Maarifa, 2000 . - 586, [5] p. : il.; traducción de: Al-Gays al-Magribi. /AECI/BI.

24. *Antropología y antropólogos en Marruecos: homenaje a David M. Hart* / Ángeles Ramírez; Bernabé López García (eds.). - Barcelona: Bellaterra, D.L. 2002. - 503 p. /AECI/BI.

25. Barceló Sicilia, Ricardo J., "Tetuán en la iconografía postal". En: *Actas del Coloquio Tetuán en la documentación española del Protectorado* / [Ibn Azzuz Hakim, Mohammed ... (et al.)]. - 1ª

ed. - [S.1.]: Grupo de Investigación y Estudios sobre el Norte de Marruecos y España, 1998. -p. 125-149. /AECI/BI.

26. Benaboud, M'hammad, "El estado actual del fondo español de la Biblioteca General de Tetuán". En: *Actas del Coloquio Tetuán en la documentación española del Protectorado* / [Ibn Azzuz Hakim, Mohammed ... (et al.)]. - 1ª ed. - [S.1.]: Grupo de Investigación y Estudios sobre el Norte de Marruecos y España, 1998. - p. 63-73.. /AECI/BI.

27. Benjelloun, Abdelmajid, "Evaluación general de los documentos españoles de Tetuán en la historia del Protectorado español" / Rodolfo Gil Grima. En: *Actas del Coloquio Tetuán en la documentación española del Protectorado*/ [Ibn Azzuz Hakim, Mohammed ... (et al.)]. - 1ª ed. - [S.1.]: Grupo de Investigación y Estudios sobre el Norte de Marruecos y España, 1998. -p. 36-44 /AECI/BI.

28. Beyuki, Abdel Hamid, *La transición en Marruecos*; prólogo de Diego López Garrido; introducción de Antonio Hernando Vera. - 1ª ed. - Madrid: Vosa, 2000. - 117 p. /AECI/BI.

29. Bouarfa, Mohamed, *Marruecos y España: el eterno problema* - 1ª ed. - Málaga: Editorial Algazara, 2002. - 308 p.: mapas /AECI/BI.

30. Bravo Nieto, Antonio, *Arquitectura y urbanismo español en el norte de Marruecos*. -[Sevilla]: Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes, 2000. - 327 p. : il. /AECI/BI.

31. Campos Martínez, José María, *Abd el Krim y el protectorado*. - 1ª ed. - Málaga: Algazara, 2000. - 282 p., [1] h. de mapa pleg.: il. /AECI/BI.

32. Castro Morales, Federico; Darías Príncipe, Alberto (eds.), *Al-Andalus: una identidad compartida: arte, ideología y enseñanza en el protectorado español en Marruecos*.- Madrid: Universidad Carlos III de Madrid; Boletín Oficial del Estado, 1999. -182 p. /BNE.

33. Hart, David Montgomery, *Tribe and society in rural Morocco*. - London: Frank Cass, 2000. - 222 p. /AECI/BI.

34. Hughes, Stephen O., *Morocco under King Hassan*. - 1 st ed. - Reading: Ithaca Press, cop. 2001. - VII, 385 p./ AECI/BI.

35. Ibn Azzuz Hakim, Mohammed, "Mi experiencia en el manejo de los archivos españoles del Protectorado". En: *Actas del Coloquio Tetuán en la documentación española del Protectorado*. - 1ª ed. - [S.1.]: Grupo de Investigación y Estudios sobre el Norte de Marruecos y España, 1998. - p.17-25. /AECI/BI.

36. Khallouk Tamsamani, Abdelaziz, *Pais Yebala: Majzen, España y Ahmed Raisúni*; traducción, Souad Ragala.- Granada: Universidad de Granada, 1999.- 150 p./ BNE.

37. López García, Bernabé, *Marruecos político: cuarenta años de procesos electorales (1960-2000)*. - 1ª ed. - Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas: Siglo XXI de España, 2000. - XXII, 335 p. : il. /AECI/BI.

38. Madariaga, María Rosa de, *España y el Rif: crónica de una historia casi olvidada*. - 2ª ed. [amp.]. - Melilla: UNED-Centro Asociado de Melilla, 2000. - 591 p.; - (La biblioteca de Melilla; n. 12). /AECI/BI.
39. Márquez de Prado, José A., *Recuerdos de África: historia de la plaza de Ceta: describiendo los sitios que ha sufrido en distintas épocas por las huestes del imperio de Marruecos*.- Valencia: París-Valencia, 2000.- VII, 244 p.: il., mapa. Reprod. 2ª ed. corr. y aum. Madrid: Imp.... Señores Nieto y cía., 1859 / BNE.
40. *Marruecos y Canarias: miradas cruzadas: actas del Coloquio Encuentros: Marruecos-Canarias: Agadir 6, 7, 8 noviembre 1994* / Hassan Bagri; Antonio Tejera Gaspar (coords.). -1ª ed. - Agadir: Facultad de Letras y Ciencias Humanas, 2000. - 523, [3] p. : il.
41. *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912): de la guerra de África a la "penetración pacífica"*/ Eloy Martín Corrales (ed.). - Barcelona: Bellaterra, 2002. - 215 p. /AECI/BI.
42. Martín Corrales, Eloy, "Imágenes del protectorado de Marruecos en la pintura, el grabado, el dibujo, la fotografía y el cine". En: *España en Marruecos (1912-1956): discursos geográficos e intervención territorial* / Joan Nogué; José Luis Villanova (eds.); prólogo de Bernabé López García. - 1ª ed. - Lleida: Editorial Milenio, 1999. - p. [375]-399. /AECI/BI.
43. Martínez Carreras, José Urbano (coord.), *Relaciones entre España y Marruecos en el siglo XX*.- Madrid: A.E.A, 2000.- 143 p. /BNE.
44. Morales Lezcano, Víctor, *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*. 2ª ed.- Granada: Universidad de Granada; Centro de investigaciones Etnológicas "Ángel Ganivet", 2002.- 253 p.: il. /BNE.
45. Nogué Font, Joan, "Las sociedades geográficas y otras asociaciones en la acción colonial española en Marruecos". En: *España en Marruecos (1912-1956): discursos geográficos e intervención territorial* / Joan Nogué; José Luis Villanova (eds.); prólogo de Bernabé López García. - 1ª ed. - Lleida: Editorial Milenio, 1999. - p. [183]-224 . /AECI/BI.
46. Pando Despierto, Juan, *Hombres de América que lucharon en África: argentinos, antillanos y españoles en la guerra de Marruecos (1921-1927), y antecedentes de esa fraternidad sociomilitar*.- Madrid: Casa de América, 2000.- 92 p./ BNE.
47. Paz, Abel, *La cuestión de Marruecos y la República española* - 1ª ed. - Madrid: Fundación de Estudios Libertarios "Anselmo Lorenzo", 2000. - 238 p. /AECI/BI.
48. Pennell, C. R., *La guerra del Rif: Abdelkrim el-Jattabi y su Estado rifeño* / traducción de Encarna Cabello. - Ciudades Autónomas de Ceuta y Melilla: UNED-Centro Asociado de Melilla, 2001. - 367 p. : il. /AECI/BI.
49. Pennell, C. R., *Morocco since 1830: a history*. - London: Hurst, cop. 2000. - XXXIV, 442 p. : il. /AECI/BI.

50. Ramiro de la Mata, Javier, *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos*. -Ceuta: Archivo Central, 2001. - 451, [5] p. /AECI/BI.

51. Rey, Miguel del, *La guerra de África 1859-1860* / ilustraciones, Juan Carlos Carrasco Torrecilla. - 1ª ed. - Madrid: Grupo Medusa Ediciones, 2001. - 305 p., [2] de mapas, 43 p. de lám. col., [5] p. de lám. col.: il. /AECI/BI.

52. Serna, Alfonso de la, *Al sur de Tarifa: España-Marruecos: un malentendido histórico*. -1ª ed. - Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia, 2001. - 341 p. /AECI/BI.

53. *La sociedad civil en Marruecos: la emergencia de nuevos actores* / Maria-Angels Roque (dir.); Mouhcine Ayouché ... [et al.]. - Barcelona: Antrazyt, D.L. 2002. - 324 p./ AECI/BI.

54. Vargas, Alejandro, *La guerra de Marruecos en la literatura*. - Málaga: Editorial Algazara, 2001. - 68 p. /AECI/BI.

55. Vega González, Evelia, "Los fondos documentales del Protectorado de España en Marruecos, descripción y acceso, estado de la cuestión". En: *Actas del Coloquio Tetuán en la documentación española del Protectorado* / [Ibn Azzuz Hakim, Mohammed ... (et al.)]. - [S.1.]: Grupo de Investigación y Estudios sobre el Norte de Marruecos y España, 1998. - p. 45-62. /AECI/BI.

56. Vermeren, Pierre, *Marruecos en transición*; [traducción, Clara Cabarrocas]. Granada: Almed, imp. 2002. - 365 p. /AECI/BI.

3. ARGELIA

57. *The Algerian war and the French army, 1954-62: experiences, images, testimonies* / edited by Martin S. Alexander; Martin Evans; J.F.V. Keiger. - Basingstoke (Hampshire): Palgrave Macmillan, 2002. - XI, 269 p. /AECI/BI.

58. *L'Algérie contemporaine: bilan et solutions pour surtir de la crise* / sous la direction de Gibert [sic] Meynier. - Paris; Montreal: L'Harmattan, 2000. - 295 p. /AECI/BI.

59. Denis, Pierre, *La justice chez les nomades algériens avant 1960* . - Paris: L'Harmattan, 2001. - 82 p. /AECI/BI.

60. Faivre, Maurice, *Les archives inédites de la politique algérienne, 1958-1962*. Paris: L'Harmattan, cop. 2000. - 431 p./ AECI/BI.

61. Gosnell, Jonathan K., *The politics of frenchness in colonial Algeria, 1930-1954*. Rochester (Nueva York): University of Rochester Press, 2002. - XIII, 234 p. AECI/BI.

62. Nabi, Mohamed, *L'Algérie aujourd'hui: ou l'absence d'alternatives à l'Islam politique*. - Paris: L'Harmattan, cop. 2000. - 302 p. /AECI/BI.

63. Naylor, Phillip C., *France and Algeria: a history of decolonization and transformation*. -

Gainesville: University Press of Florida, cop. 2000. - XVII p., [2] p. de mapas, 457 p. / AEI/BI.

64. Rey Goldzeiguer, Annie, *Aux origines de la guerre d'Algérie, 1940-1945: de Mers-el-Kébir aux massacres du nord-constantinois*. - Paris: Éditions la Découverte, 2002. - 393 p. /AEI/BI.

65. Valette, Jacques, *La guerre d'Algérie des messalistes, 1954-1962*. - Paris: L'Harmattan, cop. 2001. - 302 p./ AEI/BI.

66. Wall, Irwin M., *France, the United States, and the Algerian War*. - Berkeley (California): University of California Press, cop. 2001. - XIII p., [1] h. de mapa, 335 p.: fotos; AEI/BI.

4. TÚNEZ

67. Cassarino, Jean-Pierre, *Tunisian "new entrepreneurs" and their past experiences of migration in Europe: resource mobilization, networks, and hidden disaffection*. Aldershton [Hampshire]: Ashgate, cop. 2000. - XII, 263 p.: gráf. /AEI/BI.

68. Letaief Azaïez, Tahir, *Tunisie, changements politiques et emploi (1956-1996)*. Paris: L'Harmattan, cop. 2000. - 289 p. /AEI/BI.

69. Sebag, Paul, *Communistes de Tunisie 1939-1943: souvenirs et documents*. - Paris : L'Harmattan, imp. 2001. - 187, [2] p. /AEI/BI.

RELACIÓN DE REVISTAS ATINENTES AL MAGREB *

La Biblioteca Islámica de la AEI contiene unas 1.300 revistas, entre otras las siguientes, seleccionadas por su continuidad y pertinencia.

1. *Awraq: estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*. - 9 (1988)-. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1988-. - v.: il.. Anual. - Textos en varios idiomas. -Continúa la numeración anterior. - Desde el v. 10 (1989) hasta el v. 12 (1991) el editor es Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe. - Desde el v. 17 (1996) el editor es Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Mediterráneo y Países en Desarrollo. - Es continuación de: *Awraq Yadida*, ISSN 0214-834X = *Awraq* (Madrid. 1988). Comprende: 9 (1988)-19 (1998).

2. *Correspondances* = *Murasalat*. - No. 1 (déc. 1992)-. - Tunis: Institut de recherche sur le Maghreb contemporain, 1992-. - fasc.: il.. Irregular (1996-). - Mensual (1992-1995). - Tít. tomado de la cub. -Director: Michel Camau. -*Murasalat*. - Es continuación de: *Correspondances*, ISSN 0330-7417 = *Correspondances* - Institut de recherche sur le Maghreb Contemporain. Comprende: 1 (1992) 2-12/13 (1993) 14-25 (1994) 26-37 (1995) 38-43 (1996) 44-48 (1997) 49-53 (1998) 54-58 (1999) 60-63 (2000) 64-66, 68 (2001) 69, 71 (2002).

3. *Hespéris-Tamuda*. - Vol. 1, fasc. 1 (1960)-. - [Rabat: Université Mohammed V, Faculté des Lettres et des Sciences Humaines], 1960-. - v.: il.. Irregular. - Fusión de: *Hespéris*, ISSN 0399-0052; y de: *Tamuda*, ISSN 0494-6146. ISSN 0018-1005 = *Hespéris-Tamuda*. Comprende: 1 (1960)-34 (1996) 35:1-2 (1997) 36 (1998).

4. *The Maghreb review: a bi-monthly journal on North African affairs*. - No. 1 (June-July 1976)-. - London: The Maghreb review, 1976-. - v.: il.. Trimestral (1988-). Bimestral (1976-1987). - Director: Mohamed ben Madani. - Índices: Vol. 1-8 (1976-83) en v. 9: 3-4 (1984); v. 9-13 (1984-88) en v. 14:3-4 (1989) ISSN 0309-457X = Maghreb review

5. *Revue d'histoire maghrébine: (époque moderna et contemporaine)*. - No. 1(janv./Jan. 1974) -. - Tunis: [s.n.], 1974-. - v.: fot.. Trimestral. - Irregular. - Port. adicional en árabe. - Textos en francés, inglés y árabe. - Publicada desde núms. 61/62 (juillet 1991) en Zaghuan por Ceromdi. - Tit. de la port. adicional: Al-magalla al-tarihiya al magarihiya. - Índices: n. 53-72 en núm. 73 (mal 1994), ISSN 0330-8987.

6. *El Watan* [Recurso electrónico]: le quotidien indépendant. - Alger: SPA El Watan. - 16 discos (CD-ROM); 12 cm.. Núm. 1 publicado en 1990. ISSN 1111-0333. Comprende: marzo-dic. (1994) en.-dic. (1995) en.-dic. (1996) en.-dic. (1997) en.-dic. (1998) en.-nov. (1999) ag.-dic. (2001).

- Se citan los números de estas revistas que figuran en el catálogo de la Biblioteca Islámica de la AEI de Sevilla a través de Internet.

1960. MARRUECOS Y TÚNEZ: LAS PRIMERAS CRISIS DE LAS INDEPENDENCIAS MAGREBÍES

Lola Cañete Aranda
(UNED- SFOG)

El Magreb de 1960 viene definido por dos situaciones claramente diferenciadas al tiempo que necesariamente trabadas:

- La guerra de liberación en Argelia, que seguía causando estragos en el norte de África (y esto a pesar de las esperanzas de paz que el general Charles de Gaulle hizo concebir al reconocer el año anterior el derecho de los argelinos a la autodeterminación).
- Las diferentes perspectivas en la reconstrucción de dos Estados, Marruecos y Túnez, recién recuperadas sus independencias. La independencia de los dos antiguos protectorados franceses tiene cuatro años de vida y ambos países, se hayan empeñado en la tarea de recomponer su Estado sobre los escombros que la administración colonial les legara. La guerra está en sus fronteras y las dos capitales, Rabat y Túnez, deben conceder todo su apoyo a un pueblo hermano que lucha por su liberación en un contexto continental marcado por el declive del imperialismo europeo.

La conferencia que en abril de 1958 reunió en Tánger el Neo-destour tunecino, al FLN argelino y al Istiqlal marroquí intentó fijar las bases de un futuro Magreb unificado. Pero la evolución de estos tres países después de una década en la que se les ha visto recobrar su soberanía, estaría lejos de tomar caminos parejos y de conducir a análogos resultados. Estas dos circunstancias pondrán de manifiesto las grandes diferencias de enfoque y los escasos puntos de

coincidencia sobre los modos de evolucionar hacia estructuras políticas y sociales comunes que permitan sentar las bases de ese sueño.

Analizar si los objetivos y los problemas en los países independientes del Magreb de 1960 tienen algún punto de similitud y analizar las diferencias entre ese primer autoritarismo “bonachón” del carismático jefe de la nueva Túnez y el soberano marroquí heredero de una dinastía con más de cuatro siglos de singladura y que, paradójicamente, la ceguera francesa de los años cincuenta reforzó, son los objetivos de esta aportación.

Empecemos por el caso de Túnez. Más tarde volveremos a él en ósmosis con su “hermano” Marruecos.

Bourguiba, en 1960, puede considerarse un hombre feliz. Los sesenta se presentaban para él como la década que le traería todo lo que soñó: un poder casi absoluto, el reconocimiento mundial que estaba convencido de que merecía, el orgullo de haber realizado todo un complejo de reformas a un ritmo vertiginoso...

Y no le faltaba razón. Las reformas que llevó a cabo entre 1956 y 1958- un tiempo record-, sentaron las bases de un Estado moderno liberándose, incluso, de los ideólogos más tradicionales que, a todas luces eran una lacra para su idea sobre la nueva Túnez.

Como para botón, una muestra, sirva de ejemplo el código del estatuto personal promulgado el 13 de agosto de 1956. Haciendo poco caso de las reglas religiosas y de las costumbres tradicionales, dio a las mujeres más derechos que en ningún otro país musulmán, excepto Turquía: abolición de la poligamia y del repudio, institución de una edad mínima legal para contraer matrimonio, igualdad entre sexos en materia de divorcio y obligación del consentimiento mutuo de los esposos para consumar un matrimonio, son algunas de las principales innovaciones de una ley aplicable en lo sucesivo a todos los tunecinos sin distinción de religión. Por otra parte, en ese mismo año hizo desaparecer los tribunales religiosos.

En 1957, su empeño en tomar medidas destinadas al establecimiento de una vida política y social laicas se va haciendo patente: los “habous”¹ privados, esos bienes inalienables, son suprimidos a penas unos meses después de la abolición de los habous públicos; la antigua y tradicional universidad religiosa y Gran Mezquita de Zituna (en el corazón de la medina de Túnez) se va desmantelando por etapas y en su lugar se fue imponiendo una enseñanza pública destinada a dar a los jóvenes tunecinos una educación moderna y abierta al mundo, en la que el mantenimiento del bilingüismo era uno de los más claros exponentes de esta tendencia.

A la altura de 1960, el líder tunecino se siente tan fuerte que toma la decisión de arremeter en esta línea de reformas, contra uno de los pilares más poderosos de la sociedad: la religión.

El 5 de febrero de 1960, en un discurso que se ha hecho célebre, tacha al mes de ayuno de ser un freno en la lucha contra el subdesarrollo y decide que los horarios administrativos y escolares durante el ramadán no deben cambiar para no disminuir el ritmo de la producción del país.

Evidentemente, a diferencia de sus otras iniciativas, ésta no es recibida con la misma gallardía por la opinión pública, de hecho, numerosos sectores de la población manifestarán su hostilidad y rechazo a tamaña audacia de su presidente.

Aún así, Bourguiba insiste y defenderá esta misma idea ante el mundo precisamente en el periódico *Le Monde* de la siguiente manera: “lo que quiero es que se pueda o ayunar o comer con naturalidad, y que esto no sea ni un problema ni un escándalo”.

Desde luego, su voluntad de modernización es real. Pero la modernización no es su único objetivo.

El desmantelamiento de las antiguas estructuras jurídicas, territoriales, religiosas o universitarias tiene la ventaja de debilitar y eliminar progresivamente a las fuerzas que constituyen el principal soporte de su más duro, Salah Ben Youssef- porque Bourguiba no ha cejado un solo

¹ *Los habous constituyen bienes personales legados a la comunidad musulmana, formando un patrimonio cuya finalidad es la de ayudar a esta comunidad y contribuir a su bienestar material y espiritual. Suele permanecer bajo la administración de un ministerio propio.*

momento en la consolidación de su propio poder, eso sí, de manera paralela a la construcción de esta nueva Túnez de la que él se ve como el único artífice-. Unas pinceladas a la relación entre estos dos personajes.

Salah Ben Youssef era defensor de la islamidad en Túnez. Dentro de las corrientes panarabistas predominantes de la época, estaba contra el concepto de republicanismo...frente a él, un Bourguiba que, como hemos visto, es el adalid del “modernismo y del progreso social tunecino”. Ambos son compañeros de esta corriente nacionalista e independentista de los primeros tiempos, justo hasta que la independencia se aproxima. Ahí es donde comienzan sus fricciones: desde el Neo-Destour, Ben Youssef pone en movimiento con sus ideas, las estructuras tradicionales de la sociedad tunecina. En él, el Bey Lamin , con pretensiones de soberano, pone sus esperanzas creyendo que puede ser el artífice de una Túnez independiente pero monárquica, incluso si esto significaba abordar una reforma constitucional.

Los enfrentamientos entre los youssefistas y los partidarios de Bourguiba llegan a ser tan violentos que casi desembocan en un conflicto civil. Pero Bourguiba “el Combatiente Supremo” tiene muchos apoyos sólidos y consigue que en el Congreso que Neo-Destour celebró en Sfax en noviembre de 1955 se excluya a todos los youssefistas. Ben Youssef tuvo que exiliarse pero contó siempre con el favor de El Cairo, incluso el del mismo Presidente Nasser, precisamente por ser seguidor de las corrientes panárabes que se voceaban desde la capital egipcia desde donde tampoco cejó en su empeño de presionar a Bourguiba.

Cuando el 25 de julio de 1957 se proclama la República y Bourguiba se convierte en su primer presidente las expectativas de reinado del viejo Bey Lamin I se van al traste y con ellas las ilusiones de tres siglos de dinastía Husseinita. Paralelamente, los últimos jefes youssefistas son perseguidos sin piedad, capturados y reprimidos, de modo que a la altura de 1959, la autoridad de Bourguiba sobre el Estado y sobre su partido, el Neo-Destour-que de hecho actúa como partido

único-, está consolidada definitivamente.

La Constitución tunecina, oficialmente promulgada el 1 de junio de 1959, tardará tres años en elaborarse, pero la verdad es que Bourguiba no había mostrado prisa alguna para atarse, pies y manos, a un texto que, al menos teóricamente, estará por encima de él.

Mientras tanto Bourguiba legislará a su modo. En alguno de aquellos alardes suyos de megalomanía que de tanto en tanto era capaz de mostrar públicamente, respondía así a quienes osaban preguntar, por ejemplo, sobre los problemas de vacío jurídico de la joven República: “¿el sistema?, ¿qué sistema?. ¡Yo soy el sistema!”

En todo caso, la Constitución de 1959 estaba diseñada muy a su medida, asegurando la primacía absoluta del ejecutivo sobre el legislativo y el judicial: el Jefe del Estado, elegido por cinco años, es reelegible hasta tres veces; la Cámara no tiene sobre él ningún poder de censura; sus

² *Sidi Lamin I accedió al trono el 15 de mayo de 1943 por deseo del General Juin y fue el 19 y último soberano de una dinastía, la Husseinita, fundada en 1705 por Hussein Ben Ali Turki, Agha de los sipahis que a la edad de 35 años salvó a Túnez del invasor argelino.*

proyectos de ley tienen prioridad sobre las propuestas que salgan de la Asamblea, y puede legislar por decretos-ley.

El 8 de noviembre, los electores son llamados a las urnas en las que serán las primeras elecciones legislativas presidenciales de la República tunecina. El “Combatiente Supremo” obtiene el 92% de los votos, y todos los diputados son miembros de su partido, con ello se aseguraba la docilidad del gobierno.

El partido, no obstante y como ya se apuntó más arriba, será durante algún tiempo su verdadera lacra. Desde que se creara en 1934, Bourguiba nunca consiguió el control total del aparato ejecutivo del Neo-Destour al que, como vimos, la secesión youssefi de 1955-1956 marcó profundamente. Por lo tanto, se hacía necesario conseguir que el partido se convirtiera, al igual que el Estado, en un instrumento de su poder y de su política, lo que será un hecho en el Congreso de Souza de marzo de 1959, en el que no acepta en modo alguno el reemplazo de las federaciones que habían sido elegidas por unos comités de coordinación dirigidos por los delegados en la Oficina Política, en la que los responsables tenían cierta tendencia a hacer alarde de independencia.

Es decir, tras cinco años de independencia, en la República de Bourguiba, el “Rais” tiene más prerrogativas que las que ningún otro soberano hubiera tenido con anterioridad en la historia de este país, lo que sucede es que Bourguiba es popular, y los tunecinos están más fascinados que irritados por el paternalismo autoritario de un líder que declara no tener otro objetivo que la prosperidad y la bonanza de su país.

Sin embargo, las primeras sombras aparecen pronto:

- La inútil tragedia de Bizerta en julio de 1961- sobre la que volveremos más adelante.

- El asesinato de Ben Youssef el 14 de agosto de 1961 en Francfort por orden de Bourguiba.
- El complot youssefista contra Bourguiba, ferozmente reprimido de diciembre de 1962.
- La prohibición en enero de 1963 del Partido Comunista, transformando al Neo-Destour en partido único de hecho, comenzará a abrir serias dudas sobre la voluntad del régimen de edificar un verdadero Estado de Derecho y evidenciarán, en su jefe, el vago respeto que siente por las reglas elementales del ejercicio de la democracia.

La consolidación del poder en Marruecos se realizó de un modo bien diferente. En 1956 el Reino cherifiano era considerado por algunos como ese “aglutinador de los pueblos desunidos” del que el Conde de Mirabeau³ hablaba en 1789 a propósito de Francia. Es verdad que la personalidad y la tradición de Estado en Marruecos se remonta más lejos en la historia que la de ningún otro país del Magreb, y que fue el único Estado magrebí suficientemente fuerte para luchar y resistirse a la ocupación otomana, pero, llegado el momento de la independencia, se demostrará que los factores de división eran no sólo numerosos sino también poderosos.

En primer lugar, y contrariamente a Túnez y Argelia, donde el sentido de unidad territorial no se rompió durante el período colonial por la sola presencia francesa como poder hegemónico único, en el caso de Marruecos la división del Estado en dos administraciones, una española y otra francesa, a las que añadir el estatuto particular de la zona internacional de Tánger y de los presidios españoles, significó mucho en el ámbito de las percepciones de sus respectivas poblaciones y sus consecuentes divergencias posteriores.

Por otra parte, el viejo antagonismo entre beréberes de las montañas y “árabo-andalusíes” de las ciudades, lejos de haber desaparecido, tendría todos los visos de intensificar diferencias. El “viaje hacia la unidad” que emprendió Mohamed V desde julio de 1956, no consiguió ni reducir las hostilidades que enfrentaban a los habitantes de las zonas rurales con el Istiqlal, ese partido “urbano”; y tampoco logró impedir hasta 1958 las numerosas manifestaciones armadas de irredentismo que desde Tafilalet al Rif se venían produciendo ante la desconfianza de que la reposición de la dinastía Alauí dejara de servir a los intereses coloniales.

Todo esto viene a revelar que aunque en esta época la Monarquía aparecía como el principal motor posible de esa unidad nacional aún en construcción, el servilismo al trono nunca fue absoluto.

El Rey, no obstante, podía jactarse de una doble legitimidad incontestable: la que le confería tradicionalmente su dinastía, descendiente directa del Profeta y, el título de “Príncipe de los creyentes”. Estas circunstancias, le dan una autoridad a la vez temporal y religiosa que añadir al poder que se le atribuye por haberse convertido en símbolo, ante las masas marroquíes, de la resistencia a la ocupación francesa ya que la dinastía Alauí, en la figura de Mohamed V-entonces sultán Sidi Mohamed-, no había aceptado las exigencias de la metrópoli reincidiendo en su adhesión a la ideología del nacionalismo independentista junto al partido del Istiqlal que, por otra

parte, ocupó un papel primordial en la lucha por la independencia de Marruecos. Esto significó el exilio para el entonces aún futuro Rey a Madagascar.

Aunque la colonización había trastornado tanto las estructuras de poder que necesitaban ya de una profunda modernización y, aunque desde su regreso en abril de 1955, Mohamed V había manifestado su voluntad de establecer una Monarquía constitucional y de dar a la voluntad popular una legitimidad superior a la del trono, nunca se dieron pasos claros para llevar a cabo estas reformas. Lo que sucedió era que durante el exilio del entonces Sultán Sidi Mohamed, se había identificado su retorno y la reinstauración de sus derechos con el ejercicio de la soberanía nacional

³ Político revolucionario francés nacido en Le Bignon. En 1788 fue elegido delegado de los Estados Generales, la cámara de representantes de la Francia prerrevolucionaria. A pesar de su origen aristocrático se unió al tercer estado, que el 17 de junio de 1789 se constituyó como Asamblea Nacional de Francia. Cuando un mensajero real se dirigió a la Asamblea el 23 de junio para expresar el descontento del Rey Luis XVI, Mirabeau expuso que sólo abandonarían la Asamblea “por la fuerza de las bayonetas”. Mirabeau no tardó en convertirse en una figura influyente en la Asamblea. Era partidario de una Monarquía constitucional e intentó reconciliar la corte reaccionaria de Luis XVI con las fuerzas de la Revolución, cuyo radicalismo iba en aumento. Propuso la creación de una milicia de ciudadanos de la cual surgió la Guardia Nacional, e intentó en vano llegar a un acuerdo con el consejero del rey, Jacques Necker, y el marqués de La Fayette, destacado militar. Consiguió garantizar parcialmente a la Corona el derecho de declarar la guerra y firmar la paz; también procuró mantener el derecho real de veto, aunque sólo obtuvo un éxito limitado en este terreno. Mirabeau fue elegido presidente de la Asamblea Nacional el 30 de enero de 1791, poco antes de su muerte.

. De hecho, a la altura de 1960 Marruecos no tenía siquiera una constitución...por el contrario, la institución monárquica parecía orientarse hacia una versión más bien conservadora y autoritaria del sistema que al establecimiento de una opción más democrática y modernizadora: el Monarca disponía de la autoridad moral y del poder nominal, mientras que el Istiqlal disponía de los hombres y de la organización: el partido, el Ejército de Liberación y el sindicato más influyente, la Unión Marroquí de Trabajadores. A partir de este momento se dibujan, pues, dos polos políticos que entran en franco conflicto.

El 3 de agosto de 1956 se crea una Asamblea Nacional Consultiva cuya razón de ser era no dejar que el Istiqlal monopolizara todo el poder legislativo, de modo que después de una consulta con los partidos políticos y con las principales categorías profesionales a través de los sindicatos, las Cámaras Agrarias, de Comercio e Industria, y otros sectores sociales, todos los miembros de la Asamblea fueron designados por el propio Rey. Prevista para que tuviera una permanencia de dos años, se disolvió en mayo de 1959 sin ser reemplazada. Durante ese intervalo uno de los miembros más radicales del Istiqlal, Mehdi Ben Barka, presidió la Asamblea y más de una vez había criticado vivamente las decisiones del ejecutivo, para gran disgusto de Mohamed V que hubiera preferido un elemento más dócil. La realidad era que un ala del Istiqlal, no admite que el monarca impida a algunos de sus miembros el acceso a los Ministerios de Defensa e Interior, esta actitud genera una serie de dimisiones, pero de otra parte, el ala más moderada del Istiqlal, de influencia salafí, representada por Allal el Fassi uno de los líderes más discutidos del partido, estaba firmemente decidida a participar como fuera en el gobierno, por lo tanto, a someterse a los designios del Monarca.

La jugada está hecha. En noviembre de 1959, el principal partido nacionalista, el Istiqlal, se divide y pierde su ala de tendencia izquierdista en la que se encuentran jóvenes y brillantes

políticos progresistas que hubieran preferido ver avanzar a su país por la vía de la democracia y de la modernidad. Ya en disidencia, Mehdí Ben Barka, junto a Abderrahim Bouabid (que tuvo la Vicepresidencia y la cartera de economía) y Abdallah Ibrahim (que ocupó la Presidencia y la cartera de Exteriores) animarán la creación de la Confederación Nacional del Partido del Istiqlal embrión del que será la Unión Nacional de las Fuerzas Populares (UNFP), desde cuyas huestes no se tardará en emitir vivas críticas no ya contra la Corona (pues el estatus de Mohamed V lo convierte en un hombre intocable), pero sí contra sus prácticas y la naturaleza de su poder.

De esta forma uno de los objetivos de la Monarquía se había cumplido: el “divide y vencerás” acabó prácticamente con la fuerza del único partido marroquí que podía poner en peligro la legitimidad real.

Y es que el soberano se ha aplicado en consolidar la perennidad de la monarquía y en protegerla contra la “ola republicana” que se estaba desencadenando sobre casi todo el mundo árabe- Egipto, Túnez, Iraq-y que también había encontrado su eco en una parte de las élites marroquíes.

Por otra parte, el Príncipe Mulay Hassan- después Hassan II- está cada vez más estrechamente asociado al poder. Jefe de las Fuerzas Armadas Reales (FAR) que se crearon entre 1956 y 1958 con la ayuda de Francia, fue oficialmente proclamado Príncipe Heredero en 1957 asumiendo la función de jefe de Estado interino cada vez que su padre se ausenta del país.

El Príncipe Heredero era poco proclive a ocupar un trono sometido a la voluntad del pueblo, más bien y por el contrario, cree firmemente que una Monarquía autoritaria sería la única capaz de garantizar la unidad nacional.

En 1960 el escenario de una crisis política estaba servido, la euforia de los primeros años de la independencia ha pasado: de una parte, el Gobierno, dirigido por hombres que se han alzado como líderes del UNFP, un partido de izquierdas; por otra parte, las fuerzas políticas y sindicales están divididas y marcan, cada vez más, sus distancias con el poder. En mayo de 1960, Mohamed V destituye a Abdallah Ibrahim de la Presidencia y él mismo se pone a la cabeza del gobierno cediendo la Vicepresidencia al Príncipe.

El 26 de febrero de 1961, la muerte súbita de Mohamed V hace subir a Mulay Hassan al trono cherifiano cuando contaba 32 años pero para entonces, el nuevo Rey ya llevaba casi un año dirigiendo los asuntos del país.

La tristeza de los marroquíes ante el anuncio del fallecimiento de su soberano es real. Y aunque el monarca no había respondido a todas las esperanzas que el pueblo había puesto en él, mostrando más interés en reforzar el carácter feudal y religioso de la Corona que llevando a cabo más y sustanciales reformas –al contrario que el republicano Bourguiba- el Rey, no dejó de ser considerado como una muestra del anclaje de Marruecos a su historia y al orgullo de su independencia reencontrada.

Hassan II no comienza su reinado con los mismos triunfos que su padre: después de su entronización recibe el juramento de fidelidad de todas las fuerzas políticas legales del país (el partido comunista había sido prohibido en 1960) salvo del UNFP. La fractura entre el nuevo Rey y

el gran partido de la izquierda del país es profunda. Los acontecimientos que siguieron lo demostraron sobradamente.

A pesar de la promulgación de la Constitución aprobada en referéndum el 7 de diciembre de 1962, el régimen se endurecerá rápidamente: Ben Barka será condenado a muerte por rebeldía en 1963, y tras los sangrientos tumultos de Casablanca en marzo de 1965, el nuevo Rey proclamará un estado de excepción que durará cinco años y disolverá las Cámaras, en junio de 1965. Serán necesarios casi 15 años y la guerra del Sáhara de por medio para que Hassan II adquiriera una verdadera legitimidad y asiente la Monarquía.

Esta guerra se sitúa, por otra parte, al filo de la política llevada tras la independencia. En 1956, en efecto, los enclaves de Ifni y Tarfaya permanecerán bajo la autoridad española, y el Rey así como las principales fuerzas políticas, esperaban rematar bien y rápido la independencia de la totalidad del país. El “gran Marruecos”- que incluye Mauritania-formaba parte de los sueños imperiales del trono. Pero fue el Istiqlal, bajo la dirección de Allal el Fassi, el primero en reivindicar públicamente Mauritania que aún permanecía bajo la tutela francesa. Desde noviembre de 1956, Mauritania disponía de dos escaños en la Asamblea Consultiva de Rabat, además, el gobierno marroquí creó una dirección de asuntos saharianos dentro del Ministerio del Interior.

Si bien los españoles abandonaron progresivamente sus últimos territorios, excepto el Sáhara y los presidios, los apetitos cherifianos en dirección sur no fueron del gusto de París. Y desde luego, el apoyo acordado por Rabat a los combatientes argelinos no contribuyó en absoluto a templar las relaciones con el viejo poder tutor.

Como Túnez, pero sin llegar hasta una ruptura total, Marruecos intenta una actuación doble de difícil equilibrio: reducir la fuerte presencia militar francesa en Marruecos a la vez que jugar un papel en la solución del conflicto argelino. Finalmente, el 1 de septiembre de 1960 se firmó un acuerdo previendo la evacuación total de las tropas francesas del reino, sin embargo, aunque ese mismo año Mauritania accede a la independencia, el protectorado de Francia no tiene ninguna intención de dejar desaparecer al nuevo y frágil estado...verdaderamente la situación no ayuda en absoluto, a resolver ningún litigio. Será necesario esperar a la muerte de Mohamed V- y a la subida al trono de su hijo que siempre ha privilegiado más la alianza con París-, y a que finalizara la guerra de Argelia en 1962 para que mejorasen las relaciones franco-marroquíes de una manera más notoria.

Desde 1956, por tanto, y sobretodo, tras la subida al poder de Charles De Gaulle en París, el Rey ha puesto todos los medios para persuadir y negociar con los gobernantes franceses. Los dirigentes de los dos Estados magrebíes independientes han intentado más de una vez armonizar su política argelina. En noviembre de 1957, Bourguiba y Mohamed V se pusieron de acuerdo para proponer sus buenos oficios pero, como nos enseña la historia todavía era demasiado pronto.

En marzo de 1959, el Rey de Marruecos expresa su deseo de reencontrarse con De Gaulle para hablar sobre Argelia, pero las resistencias del lado francés eran tenaces, y la brusca subida de tensión, en agosto, entre las dos capitales, debido a la multiplicación de incidentes en la frontera argelo-marroquí dio al traste con el proyecto.

Como Mohamed V, Bourguiba estaba convencido que nada duradero podría construirse en

el Magreb en tanto que la paz no se pudiera instaurar en Argelia. De otra parte, mientras la guerra estuviera instalada en las fronteras, la presencia sobre suelo tunecino de numerosos elementos de la armada de liberación argelina, le impedían asentar al joven Estado tunecino sobre unas bases sólidas. Sin abandonar lo esencial, el poder marroquí era más partidario de una diplomacia de matices mientras que, algo más enérgica, Túnez se decantaba más por los golpes de efecto.

Es verdad que los acontecimientos nutrían a voluntad la ocasión. Por el contrario, aunque no tenía a los jefes militares en mucha estima no escatimaba su apoyo a los combatientes argelinos, por lo que el territorio tunecino acabó convirtiéndose en uno de los principales puntos de paso de armamento destinado a la resistencia. La situación hizo que Francia, en represalia, suspendiera, a penas un año después de la independencia de Túnez, la ayuda financiera que concedía a su antiguo administrado.

En todo caso, progresivamente pero no sin reticencias, Francia retira sus guarniciones del territorio tunecino. Quedaba la base estratégica de Bizerta, donde la evacuación todavía estaba lejos de producirse y era una cuestión que agravaba peligrosamente el contencioso franco-tunecino. En tanto que la multiplicación de incidentes fronterizos transformaran todo esto en una crisis abierta: el 8 de febrero de 1958, la armada francesa ejerciendo su “derecho de respuesta” bombardeó la ciudad tunecina de Sakiet Sidi Youssef. Balance: dos decenas de muertos civiles. Para Bourguiba, esto fue la gota que colmó el vaso. Sólo las propuestas de mediación anglo-americanas le hicieron renunciar a apelar al Consejo de Seguridad.

La difencia con Marruecos era que, en este terreno, la política practicada por la Monarquía era mucho más circunspecta. Bourguiba nunca había escondido su admiración por el “mundo libre”, de hecho, su deseo era trabar una alianza privilegiada con Washington que, desde su punto de vista, podía sostener un régimen cuyo jefe tenía como prioridad afianzar sólidamente su país en los parámetros de Occidente.

Las complicaciones con Francia ofrecerán al Presidente tunecino la ocasión de dar un impulso a esta vía, y la triunfal visita de Eisenhower a Túnez en diciembre de 1960 consagró la “alternativa americana”. Desde 1960, por otra parte, los Estados Unidos se convierten y por mucho tiempo, en uno de los principales valedores de fondos para Túnez.

Mientras, no obstante, las relaciones con París han tomado un sesgo más normal, a tal punto que el general De Gaulle- que no siente ninguna simpatía por Bourguiba-, manifiesta su deseo de encontrarse con el líder tunecino. Ciertamente es que la política exige de independencia para una Argelia amputada de su porción de desierto en el que el 13 de febrero de 1960 hizo explosión la primera bomba atómica.

Bourguiba, que no ha perdido su fascinación por Francia y que sueña en convertirse en un interlocutor privilegiado, acepta con satisfacción la invitación. La cita tendrá lugar el 27 de febrero de 1961 en Rambouillet, un día después de la muerte de Rabat de una de las figuras más populares y simbólicas de la recuperación de la soberanía del África del norte, el Rey Mohamed V.

De Gaulle resiste estoicamente las recriminaciones de Bourguiba con respecto a París y reclama la evacuación de Bizerta. El general reconoció la soberanía tunecina desde el principio, ni más ni menos. Un observador calificará precisamente de “día de engaños” esta entrevista que lejos

de clarificar las posiciones respectivas, ha conseguido aumentar los malentendidos.

El “Combatiente supremo” necesita un golpe de efecto para recuperar la minada opinión pública: su modernismo militante y sus simpatías por Occidente le han valido, de hecho, algunas enemistades que además han venido fomentadas desde el Cairo por Ben Youssef. La recuperación de Bizerta le permitiría, recuperar su aureola de libertador y hace subir las apuestas convencido de que en el último momento de Gaulle cederá. Los acontecimientos que seguirían pondrían de manifiesto que conocía mal a su adversario...

El 19 de julio, la armada francesa descarga contra una multitud de manifestantes desarmados que se manifiestan delante de la base francesa en Bizerta. Después de tres días de matanzas, Túnez llora a millares de muertos y la ciudad sigue en mano de los franceses. Bourguiba ha perdido su apuesta.⁴

De Gaulle ha ganado y no restituirá la base a los tunecinos hasta 1963 después de la guerra de Argelia, cuando la base pierde su valor estratégico, tal y como el mismo general había previsto. Esta tragedia inútil sólo ha servido para reconciliar a Túnez con el mundo árabe aunque se considera que su repercusión más inmediata pudo ser un complot militar contra Bourguiba que fue abortado en diciembre de 1962.

Por razones que en modo alguno son idénticas en este terreno, hay que reconocer por otra parte, la similitud de las actitudes marroquí y tunecina. ¿Es que hay en ambos pueblos y en la clase política una tradición de moderación y de apertura que les haga rechazar los extremos?.

Aunque la aureola de un Nasser haya tenido, sobre todo a partir de 1956, profundas resonancias en el Magreb, ni Túnez ni Rabat estaban preparados para someterse a su líder. La Monarquía marroquí tenía todas las razones para temer por su régimen ante la influencia de este revolucionario que quería mostrar el camino a todos los árabes. Por otra parte, no permitió la adhesión de su país a la Liga Árabe...

Túnez entró ese mismo año...pero se retira inmediatamente. Bourguiba desconfiaba de El Cairo ya que protegía y financiaba desde 1956 a Salah ben Youssef. De modo que a pesar de la decisión de Túnez de integrarse en la organización panárabe, Nasser rechazó devolver a su protegido al país magrebí y, Túnez, el mismo día de su adhesión, el 11 de mayo de 1956, dio el portazo a la Liga.

Tres años más tarde, los muertos de Bizerta, consiguieron que Bourguiba fuera considerado en Oriente como un campeón del anti-militarismo. El mismo tendrá, en ese momento, necesidad de ayuda de los árabes para ganar la batalla de la ONU. La reconciliación tendrá lugar. Pero ni Marruecos ni Túnez, contrariamente a la Argelia independiente, harán nunca los cantos del panarabismo ni sacrificarán un ápice de sus intereses.

Con dos estilos que desvelan las diferencias de personalidad y de historia existentes entre Marruecos y Túnez a principios de los años sesenta tienen, en todo caso, consolidada ya su independencia. En lo que concierne a la política exterior han arrimado su carro a Occidente y han construido dos estados que se quieren sentir fuertes antes que democráticos: uno se ha forjado su legitimidad haciendo del pasado “tabla rasa”, y el otro ha preferido construir el suyo sobre una

tradición constantemente glorificada que ha impedido poner en marcha importantes reformas. A los dos les quedará todavía la tarea de reconstruir sus correspondientes economías y distribuir entre sus respectivos pueblos los frutos que éstos esperaban para después de la reconquistada independencia: la escolarización, el desarrollo de la agricultura de la que depende la inmensa mayoría de la población, la construcción de una industria a partir de un tejido aún en estado embrionario.

⁴ *La crisis de Bizerta tiene sus raíces en el mismo 9 de febrero de 1958 cuando el bombardeo de Sakiet Sidi Youssef, el Presidente Bourguiba anuncia la “batalla de la evacuación” de las tropas francesas de Túnez. El 12, su gobierno proclama, en vano, el bloqueo del puerto de Bizerta prohibiendo el acceso a toda embarcación de guerra. Si el presidente tunecino, el 17 de junio del mismo año, consigue la salida de las tropas francesas a modo de compensación tras el drama de Sakiet Sidi Youssef, Bizerta queda bloqueada por la marina francesa. Después de 1942, una convención estableció en efecto que este puerto militar pertenece a Francia y las autoridades francesas justifican su rechazo a la evacuación por el hecho de su posición estratégica y de hecho que es un puesto importante para la defensa del oeste del Mediterráneo.*

Un año más tarde, en 1959, cuando la guerra de Argelia está causando estragos, Bourguiba hace a Francia una propuesta inesperada. Propone el abandono de las reivindicaciones tunecinas sobre Bizerta a cambio de poner fin lo antes posible a la guerra de Argelia por la vía de la negociación con el FLN. Sin respuesta, Túnez retira la oferta y Francia amplía su base en Bizerta.

Esta tarea será quizás más difícil que la de la liberación. Y en esta nuevas tareas los dos países optarán también por caminos diferentes: Túnez elegirá desde 1961, engancharse en la nacionalización casi total de la economía, experiencia que durará diez años. Marruecos, algo enenmigo-como se ha visto-de las rupturas, no cambiará, sino lentamente las estructuras económicas y sociales ya existentes y tendrá en cuenta, porque así lo considera necesario, los intereses económicos franceses. A partir de aquí, a partir de 1960, es otra historia la que comienza.

ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LA PROTECCIÓN JURÍDICA DE LA FAMILIA Y LA INFANCIA EN MARRUECOS

Mohamed Chouirdi
(ATIME-Madrid)

Marruecos es un país de contrastes tanto culturales, históricos como geográficos. Es el país árabe magrebí más próximo a Europa y se encuentra condicionado de un modo permanente por el contacto con el continente europeo.

Según los datos de la Dirección de la Estadística, en 1999 Marruecos contaba con una población de 28,2 millones de habitantes, con una tasa de crecimiento del 1,7% anual, la mitad vive en los núcleos urbanos. Marruecos posee también una población joven-menor de 18 años-del 39%. El éxodo rural descontrolado ha causado la desestructuración de las ciudades, que se ha plasmado en chabolismo y precariedad urbanística, problemas de acceso al agua potable, al suministro eléctrico y a los servicios básicos como la educación, sanidad, desempleo, así como en delincuencia, prostitución y emigración irregular.

En la actualidad las provincias con mayor densidad de población son: Casablanca (2.050 hab./Km), Rabat / Sale (1.211 hab./Km) y Tánger (473 hab./Km). Actualmente el éxodo se dirige a estos tres núcleos urbanos además de Kenitra, Fez, Mequinez y Uxda.

Se trata de un éxodo rural descontrolado que ha generado una desplanificación un

crecimiento anárquico, lo cual se traduce en la aparición de núcleos chabolistas y viviendas en condiciones precarias, junto a la pauperización de los colectivos sin suficiente protección jurídica o social.

Al acercarse a las normativas estatales para analizar la protección jurídica de la familia y la infancia en Marruecos es imprescindible abordar:

1. El código del estatuto personal y las sucesiones (la Moudawwana).
2. El Código Penal.
3. La legislación laboral.
4. El derecho público
5. Las convenciones internacionales ratificadas por Marruecos en materia de los derechos de la infancia.
6. La Carta Nacional de la Educación y Formación.
7. El Plan de Acción Nacional para la Incorporación de la Mujer al Desarrollo.

El concepto de la familia, como viene recogido en Moudawwana, tiene como fuentes, por una parte, el Islam, a través del Corán y Hadiz (los actos, palabras, actitudes del Profeta) y, por la parte, el modelo legislativo occidental, es decir, la Constitución de 1962.

La familia es la institución básica del orden social en Marruecos y es el principal vehículo de los valores esenciales de la sociedad. La familia está fundada sobre un grupo de valores de origen religioso, a los que el derecho concede una cobertura jurídica.

En los últimos años la familia ha sufrido diversas transformaciones desde el punto de vista social. Ello se debe al desarrollo económico y a la rápida y desordenada urbanización, fruto del éxodo rural en los núcleos urbanos, a la alfabetización de los adultos, a la incorporación de la mujer al mundo laboral...todas estas mutaciones hacen que la institución familiar pase por contradicciones que la convierte en un terreno en el que se enfrentan lo tradicional y lo moderno.

El contenido de la Moudawwana está marcado por el derecho musulmán y, especialmente, por la escuela malequita. Se asienta en cuatro pilares: el matrimonio, la filiación legítima, el deber de asistencia entre los miembros de la familia y la preservación del patrimonio familiar.

En el Código Penal los puntos más destacados a cerca de la normativa penal son:

- Se pena el abandono sin razón de la familia con un mes a un año de cárcel (art. 479), igualmente pena al padre o madre que pone en peligro la integridad, la salud o la moralidad de sus hijos.
- Se penan en el ámbito de la moralidad los atentados públicos en contra del pudor, la violación, la incitación al vicio y la prostitución, el adulterio, el rapto de la mujer casada.
- En materia de delincuencia de menores de edad se puede destacar tres textos fundamentales. El Dahir del 2.06.1939 sobre los tribunales de menores y la libertad vigilada; el Dahir del 19.10.1953 sobre la responsabilidad penal de los

menores y atenuantes de la responsabilidad penal y el Dahir del 5.03.1959 sobre el procedimiento penal de los menores delincuentes.

En la legislación laboral, y según el Dahir del 2.07.1947, se establecen medidas de protección para los menores de 16 años, por ejemplo la prohibición de contratar niños menores de 12 años. En el decreto nº2 – 59 - 1019 del 16.09.1957 se prohíbe contratar a menores de 16 años y a mujeres en lugares donde haya maquinaria peligrosa. Está prohibido también contratar a menores de 16 años para trabajar en maquinas accionadas con pedales o manivelas o maquinarias peligrosas como sierras, cortadoras, laminadoras, prensadoras, grifos de vapor, etc.

Esta legislación nacional entra en contradicción en materia de derechos de la infancia con la Convención nº182 de la organización internacional de trabajo relativa al trabajo infantil y ratificada por Marruecos el 26.01.2001 y con la Convención de los derechos del niño de UNICEF ratificada por Marruecos el 20 de junio de 1993.

La protección existente se refiere a actividades propias de la economía formal, pero los niños, tanto en el medio rural como en el urbano, trabajan en el sector informal: talleres, trabajo artesanal, venta ambulante, servicio doméstico en las ciudades y labores del campo.

El analfabetismo es uno de los grandes problemas de Marruecos , siendo mayor en el campo que en las ciudades. Según los datos de la Dirección de Estadísticas, en 1999 la tasa de escolarización para el primer ciclo de la enseñanza fundamental a nivel nacional es 70,9%, en el medio urbano el 80% y en el rural 62,8%.

El sistema educativo vigente ha provocado, en los últimos años, una alta tasa de absentismo y fracaso escolar. La Carta Nacional de la Educación y de la Formación tiene como objetivo renovar el sistema educativo marroquí. Esta Carta, aprobada por el Parlamento tiene dos grandes líneas :de una parte los principios fundamentales, de otra parte las medidas de renovación.

Como principios fundamentales, se pueden destacar la mejora de la calidad de enseñanza, la dinamización de recursos humanos y la revitalización de la gestión y revisión metodológica, el perfeccionamiento de lenguas extranjeras...en cuanto a la renovación del sistema se puede destacar fundamentalmente la generalización de la enseñanza preescolar, la igualdad de oportunidades después del colegio, un esfuerzo especial en la escolarización de las niñas en los ámbitos rurales y, finalmente, una lucha tendente a erradicar el analfabetismo.

El Plan de Acción Nacional para la Incorporación de la Mujer al Desarrollo fue presentado oficialmente en marzo de 1999 en una sesión presidida por el Primer Ministro. Entre las medidas que preconiza, unas afectan a la educación, centrándose en una nueva estrategia de alfabetización femenina, con programas concretos para la mujer asalariada y la mujer rural, y en la escolarización masiva de las niñas. Otras se centran en la salud reproductiva, mejorando los actuales métodos de planificación familiar, siempre con el objetivo último de facilitar la incorporación de la mujer al trabajo, tratando de reducir al máximo la espiral que conduce a la mujer hacia funciones subalternas, a empleos secundarios, convirtiéndola en uno de los sectores más expuestos a la precariedad y a la pobreza.

INDICE

Presentación. (V́ctor Morales Lezcano).....	2
El Magreb contempordneo: una panorámica socio-histórica (Juan Ignacio Castien Maestro).....	3
Bibliografía y hemerografía sobre el Magreb. Las relaciones de España con el norte de Africa: Una aproximación a los catálogos de la Biblioteca Nacional de España y de la Biblioteca Islámica de la Agencia Española de Cooperación Internacional (Teresa Pereira Rodríguez).....	17
1960. Marruecos y Túnez: Las primeras crisis de las independencias magrebíes (Lola Cañete Aranda).....	25
Aspectos fundamentales de la protección jurídica de la familia y de la infancia en Marruecos (Mohamed Chouirdi).....	36
Indice.....	39